

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLI

San José, Costa Rica

1945

Martes 20 de Abril

No. 21

Año XXV — No. 987

Salmodia a la Francia resurrecta

(En el Rep. Amer.)

- 1.—Lutecia, ¿qué hora es en la clepsidra de tus lágrimas?
- 2.—¿Qué hora es, Francia, en el cuadrante de tu crucifixión?
- 3.—Heme aquí, Jerusalem, que todavía no he sacado mis ojos del estupor de tu noche.
- 4.—Y tu noche ha sido larga como una travesía de hinojos por el desierto; aniquilante como un tormento de la conciencia; terrible como el enojo del Señor.
- 5.—Tu noche ha sido una espantable tiniebla de gemidos hechos nudo de áspides en las gargantas silenciosas.
- 6.—Te veo aún en las horas del crispamiento, Francia; te veo aún en los yunques de la ignominia, sin que nadie pudiera valerte.
- 7.—Cuando todos tus caminos estaban de luto y todas tus puertas destruidas por el invasor;
- 8.—cuando tus niños gemían de hambre y no había un pan ni quién se los partiese; cuando tus ancianos tenían sed y no había una gota del vino de tus vendimias;
- 9.—cuando el éxodo llenaba los caminos de llanto y las ruedas del oprobio chafaban la fatiga de las abuelas;
- 10.—cuando el polvo y el sudor eran hermanos errabundos, y una misma y sola angustia la plegaria y la blasfemia, el apóstrofe y el salmo;
- 11.—cuando la locura desaliñaba a las vírgenes y tus sacerdotes ponían a prueba el sublime diamante de la fe;
- 12.—cuando los pájaros de acero graznaban muerte y escupían fuego sobre las turbas fugitivas e inermes.
- 13.—Te veo, oh Lutecia, te veo aún en el momento de los cabellos erizados, de la saliva amarga y de las brasas en los ojos.
- 14.—Cuando reías y llorabas de tragedia, y tendías las manos implorantes y estaba ausente el Sublime Consolador;
- 15.—cuando veías perecer a los sumos inocentes cual si atrajesen sobre su dulcedumbre la sanción que el Señor desata sobre los réprobos;
- 16.—cuando la turbación y la miseria estaban ciegas y los oídos del Señor estaban sordos; cuando el sentido del bien y el mal estaba congelado;
- 17.—cuando la atmósfera era de castigo, y el clima de venganza, y el aire de vilipendio, y el cielo, el cielo mismo, era de escarnio;
- 18.—cuando la severidad y el rigor de la ira celeste traspasaban sus límites, y andaban sueltas y ávidas todas las bestias del mal;
- 19.—cuando, en fin, la especie humana rebarbarizada en los vándalos, cantaba el aleluya insolente y turbio de los sentidos desbandados.
- 20.—Surgen aún de mi corazón, hoy como entonces, los trenos de Jeremías vertidos sobre el dolor innumerable de Sión:
- 21.—“¿Cómo está sentada tan a solas la ciudad llena de pueblo? Ha quedado como viuda la Señora de las Naciones. Ha quedado hecha tributaria la Princesa de las Provincias.”
- 22.—Veo, oh Francia, a tus ejércitos—los más bizarros del Orbe—desgranarse como collares de perlas, heridos en la garganta misma de la Matrona.
- 23.—Veo a tus mariscales y a tus ministros hacer caer la corona de tu cabeza y colocar sobre tu cerviz, por sí propios, siervos de los atroces forasteros, el yugo de la infamia.
- 24.—Veo a tus defensores soltar las armas y volver grupas al adversario. Veo a la concupiscencia traicionarte, a la venalidad venderte, a la depravación abrir la puerta y entregarte a tus enemigos.
- 25.—Y veo a los siervos enseñorearse de los hombres libres; veo a los vándalos, ebrios de bestialidad, cubrirte de la lepra de su rencor.
- 26.—Y los veo, Francia, los veo echar mano de todos tus dones agradables y preciosos; ir tras el vino de tus viñedos y tras tus esencias exquisitas; buscar, salaces y torpes, la pulpa tierna de tus doncellas; aterrar tus idílicos hogares, profanar tus templos, mantener en vigilia el yugo de sus maldades.
- 27.—Veo aún quebrantado tu poderío, abatidas tus murallas, desbaratadas tus tiendas, mancilladas tus reliquias, escarnecidas tus tradiciones.
- 28.—Veo sin majestad el arca del testamento, el ara de tus penates, el Panteón de tus Hombres Ilustres. Veo manoseados tus símbolos, demolido tu tabernáculo, anublada tu historia.
- 29.—Veo aún abismados en la ceniza del pasmo a tus ancianos; ceñidas de cilicio a tus mujeres; más hondos, más helados y más mudos a tus muertos.
- 30.—Veo a los autómatas lucir sus entorchados y su paso de ganso bajo el Arco del Triunfo y pisotear—turbar acaso—

LO INVITA CORDIALMENTE A VIAJAR EN LAS RUTAS INTERNACIONALES QUE CONSTITUYEN HOY UN SOLIDO LAZO DE UNION ENTRE LOS PUEBLOS HERMANOS DE AMERICA,



El servicio TACA
conecta actualmente:

HONDURAS - EL SALVADOR - BELICE
PANAMA - COSTA RICA - NICARAGUA
MEXICO - CUBA

Viaje por aire y llegue más ligero
Vuele por TACA llegará primero

el sueño del Soldado Desconocido; y veo los mostachos estúpidos y los ojos glaciales del que encarna a la Bestia Apocalíptica profanar de insolencia la paz sepulcral de tus Adalides.

31.—Y vuelvo a escuchar el treno del profeta cogitabundo, la voz que parece vagar sin dueño en las oquedades desoladas de la noche:

32.—“¿A quién te compararé, hija de Jerusalem? ¿A quién te igualaré y te consolaré, oh virgen de Sión? Porque grande es como el mar tu quebranto, ¿quién te consolará?”

33.—Mas he aquí que después he visto la otra cara del martirio, el otro lado de tu infortunio, oh Francia; mas he aquí que he visto el reverso de tu agonía.

34.—Has dejado que en la noche desolada Jeremías fiara al viento sus lúgubres lamentaciones; pero tú no dormías ni llorabas. Tu vigilia engendraba aureolas, torcía látigos, preparaba tósigos en la enterrada confabulación.

35.—El oprobio que sofocaba tu corazón; el quebranto que tu ánima escindía; la amargura y la ceniza de tu boca; las lágrimas de tus niños y el silencio de tus muertos; y el hambre y la sed, el insomnio y el duelo cantaban en tus hijos marsellesas de desquite y represalia.

36.—Mientras las bofetadas caían en la faz del maestro de escuela y el salivazo en la frente de los inválidos, forjabas, oh Lutecia, los venablos urentes del contracastigo.

37.—Mientras los sayones hacían ludibrio del abuelo y befa de sus canas; en tanto que rompían con la airada castidad de las doncellas, urdías la trampa, preparabas el cepo, aguzabas la jabalina.

38.—Mientras escarnecían los insolentes de la swástica la Cruz de Lorena y deportaban hombres como esclavos hacia los campos teutones de concentración, extendías los hilos de la conjuración y aplicabas el escarmiento a los infames traidores de tu sangre.

39.—Mientras rehenes y más rehenes, limpios de culpa, iban al paredón a pagar el precio de tus contiendas tubterráneas, sublimaban tus hijos el espíritu de resistencia, santificaban el sabotaje.

40.—Tu espíritu fué enriqueciéndose en la opresión; el patriotismo de tus hijos, acendrado y púgil, se fué adueñando de un caudal de fluidos que venían de tus mártires de todos los tiempos, como contribución sagrada de la Historia.

41.—De la miseria y de la muerte, de los destinos mutilados y de la sangre caliente que iba mojando tu suelo en los suplicios cruentos decretados por tus verdugos, hiciste acopio de

heroísmo, sacaste hidrógeno de esperanza, sales de voluntad, esencias de denuedo.

42.—Fuiste, en fin, oh Francia, magnífica en la ruina y en el estrago, augusta en la derrota, excelsa en la humillación. Libraste subyugada otra suerte de batallas más sutiles y estoicas, con genio latino y coraje sin igual.

43.—Y mientras Jeremías apelaba sobre tus ruinas a la misericordia de Dios, tú librabas día a día, hora por hora tus proezas sigilosas, tus hazañas clandestinas, tus sacrificios silentes.

44.—Y cuando llegó el día en que la empresa abnegada de tus patriotas tuvo por corona estelar la reconquista de París, metrópoli de la tierra, capital del mundo, en las lágrimas de Jeremías pudo verse al iris sonreír como si fuera el mensaje de un Dios reconciliado con Sión la rediviva.

45.—Gloria, oh Francia, a tus patriotas anónimos, a tus héroes oscuros, a tus mártires sin nimbo. Gloria al altar de tus innumerables holocaustos, y al fuego en que encendiste los ímpetus de la revancha.

46.—Gloria a tu sublime ejemplo; a la abnegación y al coraje de tus mujeres, a la intrepidez imperturbable de tus caudillos sin nombre, a tu tradición millonaria, a la fastuosa herencia que te hace digna de tus penates y te encumbra al nivel de tu pasado.

47.—Gloria a las guillotinas que cercenarán las cabezas de los traidores de tu propia sangre, los colaboracionistas abyectos que, después de rotos tus grillos y quebradas tus cadenas, ya no podrán mirar al cielo que te cubre ni aspirar el aire que respiras.

48.—Gloria, oh Francia, a la sabiduría que has sacado de tu dolor; a las enseñanzas que abrevaste en el manadero del fracaso; a la verdad que brilla y resplandece en el vértice de tus sagrados muertos.

49.—Gloria al numen de tus guerreros; los que mantuvieron el vínculo con el mundo que se debate contra la insania arrolladora de los junkers; a la mística de quienes mantuvieron en alto la pulcritud de tu nombre y la santidad de tus lábaros; al ímpetu encendido de los videntes de tu destino.

50.—Vuelva ya el gozo a tu corazón y la alegría a tus convites, oh atribulada tierra del heroísmo; vuelvan los tañedores y las danzas; y cuando se te interrogue qué hora es, responde, oh rediviva Lutecia, responde por el reloj de sol de la sonrisa alada de tus mujeres: que es la hora de la libertad, la hora nueva de las alondras.

Alberto Velázquez

Guatemala, 1945.

La manifestación más clara y siniestra del cáncer moral de Francia, y de la degradación a que en muchos órdenes del espíritu había llegado ese eterno símbolo de una noble raza y de una asombrosa cultura, fué la prensa en todas sus variedades. El diario, la hoja hebdomadaria, la revista mensual, las publicaciones gráficas, aun los órganos de asociaciones científicas, literarias o artísticas adolecían del vicio nefando de la venalidad, casi sin excepciones. Por esto una de las más intensas y mejor intencionadas preocupaciones del heroico e imperturbable general De Gaulle en la obra de reconstruir a Francia regenerándola, ha sido la sanificación de la prensa francesa. Para quienes conocían a fondo la historia y los métodos de ese cuarto poder en la tercera república el desastre de 1940 con haberles causado dolor

La nueva Francia

(De *El Tiempo* Bogotá 15—XI—45).

lancinante no llegó a producirles insuperable sorpresa. La prensa de París y la de los departamentos gozaba de las mayores libertades conocidas en Europa, para esa forma de la expresión del pensamiento. Y aunque la ley necesariamente había señalado limitaciones, en defensa y garantía de la honra y buen nombre de las personas, la degradación del periodismo había llegado a tal extremo en el concepto de muchas gentes dignas que los individuos atacados en su honra raras veces acudían a la ley para defender su reputación ante las calumnias o injurias de los folclóricos.

Pertinax, hombre de prensa, menos conocido con su nombre y apellido de André Géraud, acaba de publicar un libro que

contiene una exposición de sus conocimientos sobre la moral y los procedimientos de la publicidad en tierras de Francia, antes de 1939.

Según él, como la prensa francesa vivía casi enteramente de los anuncios, una sola empresa, “la Agencia Havas” suministraba contratos de avisos, y no solamente esta clase de contratos sino la generosidad en especie de gentes que necesitaban ser tratadas benévolamente. Los principales diarios, diez de ellos cuando más, recibían la parte del león, los demás, intrigaban y se debatían para obtener la mejor porción.”

La patria, la familia, la dignidad personal, la honradez del comerciante, eran valores computables, según la posibilidad y el monto del logro obtenible. En 1909 Guillermo II, de histriónica memoria, presentó al Reichstag un proyecto de ley so-

bre mejora y ensanche de los armamentos del imperio con la mira principalmente de favorecer la empresa de Krupp, su amigo de muchos años y de geniales esparcimientos. En esos días, el partido más numeroso del parlamento alemán, era el socialista, enemigo tenaz convencido entonces de los armamentos. Sin ser mayoría se opuso al proyecto de ley afirmando que Europa estaba tranquila en esos momentos y que en Francia misma la prensa había abandonado casi por completo el tema de las provincias cautivas y del desquite. El proyecto fué negado. Meses después un gran diario de París, oportuna y adecuadamente remunerado por la casa Krupp, emprendió la publicación de una serie de artículos enconados, acerca de la necesidad en que Francia estaba de recuperar sus perdidos territorios. Se presentó de nuevo el proyecto a los legisladores de Berlín y esta vez pasó no sin alguna oposición. Los socialistas no habían llegado aún a adquirir conocimiento entero de las maniobras ejecutadas por los armamentistas.

No se han olvidado todavía las amarguras a que fué sometida la sencilla naturaleza del embajador de los zares, Alejandro Isvolski, cuando negociaba en París un empréstito de cuatro millones de francos en las horas trágicas en que Europa se precipitaba a la guerra de 1914. Los telegramas del embajador al gobierno de San Petersburgo, publicados a su tiempo por el gobierno de las repúblicas soviéticas, relataban las angustias de un alma ingenua, presa en esas horas tremendas de la avidez ilimitada de los diarios parisienses. "No se podrá lanzar el empréstito, decía el embajador, si no se le compensan largamente al diario los artículos que dice va a escribir para recomendarlo". Más tarde, "El diario Z que había convenido en justificar la negociación por tantos francos, hoy pide una suma doble". De San Petersburgo, naturalmente, accedían gustosos a todas las exigencias del periodismo. Tenían necesidad de armas, de champaña, de regalos para las grandes duquesas y para las desafectos del ejército y de la nobleza. Es fama que a Rusia, en efectivo, de esos cuatro mil millones no llegaron sino pocos francos.

No se han olvidado todavía los grandes escándalos bancarios, por consecuencia de los cuales el ahorro de obreros y de las clases medias, se perdió irremediabilmente en operaciones tortuosas. Es sabido que sin



la connivencia de los diarios, con su silencio unas veces y otras con su ayuda inicial, los artífices de la alta finanza no habrían podido coronar sus primeros esfuerzos. Salvadas las primeras dificultades, y cuando ya el público había cedido sus reservas, los avisados banqueros necesitaban mantener a la prensa juiciosamente provista, no fuera que un simple suelto viniera a generar su ruina, como sucedió en efecto, más de una lamentable ocasión.

Pululaban las hojas destinadas a la explotación de la amenaza con condiciones. Se llevaba en los diarios registro más o menos exacta de la vida privada y pública de las gentes más visibles y se aprovechaba la primera oportunidad para entregarlas a la burla, a la indignación o al desprecio de las multitudes, salvo compensaciones honorables.

No conocemos a fondo la legislación reguladora de la prensa en Francia, pero es de suponer que allí, como en las demás naciones cultas de Europa, el honor de las personas esté debidamente protegido. Sin embargo, los abusos de la prensa, del mismo modo que entre nosotros provienen de la impasible actitud de los ciudadanos frente a esos desmanes. El francés deja de acudir en busca de protección a los tribunales cuando se ve calumniado en los diarios, por un sentimiento de respeto a la libertad del pensamiento o en la plácida y acaso justa

creencia de que la verdad y la justicia se imponen con el paso de los días como las leyes físicas. Otros se abstienen de apelar a las leyes para manifestar el desprecio que les inspira la calidad de los órganos de que han sido víctimas. En efecto, al favor de la libertad casi absoluta en que funcionaba la prensa, los órganos de opinión en Francia, habían bajado en lo moral a niveles profundos y desconcertantes. *L'Action française*, periódico monarquista, católico a su modo y de ideas conservadoras, usaba de tal lenguaje en algunas de sus colaboraciones como no se escuchaba fuera de los mercados de hortalizas y de pescado.

La Francia renovada, la Francia emergente de las pruebas a que la han sometido sus pasados gobernantes y algunos de sus más desarreglados intelectuales, buscará el rumbo y la forma de regenerar la prensa en todas sus varias apariencias. Y ha de corregir irremisiblemente el vicio de la venalidad. Sin olvidar que es venal no tan sólo el periodista que recibe dinero por callarse o por calumniar u ofender gratuitamente, sino también aquél que publica la mentira a sabiendas, con la esperanza de aumentar la venta de su diario y recoger cosecha de nuevos suscriptores al favor de invenciones malévolas contra la honra de quienes no la han perdido.

B. Sanín Cano

Si quiere suscribirse al
REPERTORIO AMERICANO
diríjase a
F. W. FAXON Co.
Subscription Agency
83-91 Francis St., Back Bay
BOSTON, MASS., U. S. A.

Aprenda MECANICA DENTAL

La Mecánica Dental es el arte de modelar hábilmente los dientes artificiales (dentaduras, puentes, casquillos, incrustaciones, etc) por medio de moldes que el dentista toma de la boca.

PEDRO SANCHEZ CORDERO

Profesor de Mecánica Dental

Diplomado en Chicago

5 años de práctica en EE. UU. y 13 en México.

Avenida 16 de Septiembre 10, Despacho 305, México, D. F.

Unico requisito: haber terminado la Primaria y dos cartas de buena conducta

De preferencia use correo aéreo

Cuando la guerra acabe... Las naciones latinas

(De El Tiempo Bogotá 15—XI—45.)

Cuando la guerra acabe... Ya están en pie las cuatro columnas que mañana habrán de sostener al mundo. Serán ellas el Imperio Británico, los Estados Unidos, la Unión Soviética, la República China. Nadie podrá regatearles esa hegemonía que, en bien de la libertad del universo, habrán conquistado a costa del propio esfuerzo, esfuerzo gigante, y a precio de la propia sangre, sangre generosamente derramada.

Frente a las cuatro grandes potencias vencedoras se hallará —con una invertida grandeza a su vez— la gran vencida: Alemania. Todo el resto parecerá pequeño. Esas grandes potencias son más que Estados, en el sentido tradicional de la palabra. Son super-Estados, Federaciones de Estados, como lo expresan los nombres mismos de los Estados Unidos de América o de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; el Imperio Británico es una comunidad de naciones; la China es un mundo de pueblos. La misma Alemania abarca gentes tan diversas como los prusianos y los bávaros, como los ribereños del Rin y los del Danubio.

Cada una de las cuatro grandes potencias vencedoras tiene una población enorme que ha de expresarse en números de nueve cifras. Juntas las cuatro, vendrán a sumar la mitad de la humanidad.

Ahora bien... En este mundo que va a venir, que ya viene; mundo sostenido por esa tetrarquía de grandes potencias, ¿qué papel les quedará a las viejas naciones latinas?

La respuesta, a primera vista, no puede ser alentadora. Se diría que ha sonado para esas naciones la hora fatal de la decadencia.

Hace sólo unos pocos años, no más de diez, habría sido inconcebible una organización internacional del mundo que no contara entre las potencias directoras, por lo menos a dos Estados latinos: Francia e Italia. Y si en vez de unos años, retrocediéramos unos siglos, hallaríamos una civilización basada sobre la primacía de tres naciones, las tres latinas: Italia, España, Francia.

Las tres, en cambio, parecen hoy haber caído. Francia, derrotada, no sabe qué la humilla más: si la invasión extranjera o el propio gobierno de Vichy que con secreta satisfacción le dice que el país está expiando sus pecados, las culpas achacadas a la República. Italia, invadida por el sur y por el norte; vencida como fascista, impotente como pueblo libre; pasivo testigo de una guerra que se desarrolla sobre su propio suelo; barco desmantelado, sin rumbo, a merced de las olas. España, desangrada, deshecha, arruinada, regida por una dictadura que sólo se apoya

en la fuerza y a la que hasta la misma fuerza va a faltarle...

Más aun: El viajero que hoy realizase el periplo del Mediterráneo recorriendo las costas todas del mar latino, creería no hallar sino los pálidos recuerdos de ilustres civilizaciones ya extinguidas. Más allá de Italia, llegaría a Esparta y a Atenas; luego, a las antiguas ciudades de Pérgamo y de Efeso; al cabo, a Fenicia, la Inglaterra de antaño; al retorno, por el sur, a Alejandría, y a Cirene, y a Cartago... Las playas del mar de la cultura clásica no son ya más que un inmenso museo de históricas memorias.

"Decadencia, pues: general decadencia del mundo clásico, y hoy del mundo latino"... se diría al viajero, ya de vuelta, al desembarcar en un puerto de España o de Francia.

Sin embargo, semejante visión sería superficial, equivocada. De Francia, de España o de Italia podríamos afirmar lo que de la primera de ellas ha escrito Romain Rolland: "Un pueblo que, sin morir jamás, ha resucitado veinte veces".

Francia ha estado a la cabeza de la civilización durante doce siglos. Nada probaría esto, si en los últimos se percibiese ya un declive, un comienzo de decadencia. Pero los tres últimos siglos trajeron, por el contrario, una progresiva ascensión. La Francia de Luis XIV, la de la Revolución y la del siglo XIX fueron admiradas e imitadas en todo el orbe. Todavía ayer, nuestros padres vieron a la Francia vencida en Sedán levantarse en unos pocos años, reconquistar el magisterio de las letras, las ciencias y las artes, congregar a los pueblos en la Exposición de París y organizar el primer ejército, la segunda marina y el segundo imperio colonial del planeta.

Italia ha resurgido muchas veces. En la esfera de la cultura, la Italia del Renacimiento no fué inferior a la de la antigua Roma. La cantera de sus gloriosos mármoles no está agotada. Ahora mismo, el anciano Croce es quizás el más alto filósofo de nuestros días. El último "risorgimento" italiano, el del pasado siglo con Mazzini y Cavour, puede repetirse en este siglo XX.

¿Y España?... No hay que desconfiar de ella, por grave que sea su crisis, porque España ha realizado sus obras mejores al borde del abismo. En su decadencia bajo los Austrias, pintaba Velázquez y escribía Calderón; en su decadencia bajo los Borbones, surgió el genio de Goya, y aquel pueblo abandonado, entregado a sí mismo, sin ley ni rey, venció al mayor poder de la tierra haciendo sufrir, en Bailén, su primera derrota al gran

El Traje hace al CABALLERO

y lo caracteriza. Y la

SASTRERIA LA COLOMBIANA

DE FRANCISCO GOMEZ E HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad en Trajes de Etiqueta

Tel. 3283 — 50 vs. Sur Chelles
PASEO DE LOS ESTUDIANTES

Sucursal en Cartago:
50 varas al norte del Teatro Apolo

ejército de Napoleón. Por cierto que, en nuestro siglo, España estaba progresando extraordinariamente, tanto en riqueza como en cultura. La tragedia sobrevino en momentos de creciente vitalidad. El hilo de ese progreso, roto ayer, se reanudará mañana.

El porvenir no está cerrado para el genio latino. Nuevas obras francesas y españolas e italianas volverán a aparecer en los escaparates de las librerías. Revistas cual "La Nouvelle Revue Française" o la "Revista de Occidente" nos visitarán otra vez como antiguas amigas no olvidadas. Surgirán autores nuevos, nuevas ideas que se extenderán por el mundo. Las mismas dificultades en que Francia, Italia y España se hallarán, podrán convertirse en fecundo estímulo. Esas tres naciones, tras el eclipse actual, tendrán que empezar de nuevo, abrirse el camino, rehacer su gobierno, redificar el Estado. Y como siempre fueron naciones creadoras, probablemente hallarán soluciones felices que renueven la democracia e impulsen la marcha de la historia universal que, como expone Croce, es la historia de la libertad.

Por otra parte, el espíritu latino, alentado por el "ambicioso Plus-Ultra, emblema de las Castillas", rompió el veto de las columnas de Hércules, saltó del Mediterráneo al Atlántico, y, con Colón y los Pinzones, llegó a este Nuevo Mundo donde la antigua cultura clásica iba a renacer con un florecimiento juvenil, segura promesa de espléndido futuro. Si el espíritu latino pudiese perecer en Europa, se salvaría en América. Bien lo recordábamos el otro día en la fiesta del centenario de Caro, el gran humanista, alma latina, figura que pedía la toga; varón a quien, en esa misma solemnidad, don Antonio Gómez Restrepo llamaba "ciudadano de la antigua Roma"...

Luis de Zulueta

Dos notas

de Carlos Deambrosis Martins
(En el Rep. Amer.)

Cuatro años de silencio

Cuatro años de silencio y de agobio pesan— como un terrible fardo— sobre la pluma de un escritor libre. La guerra, con su máscara monstruosa, pasó también a nuestra vera, aniquilando todas las fibras de nuestra sensibilidad.

Militantes de un gremio que exige estar en primera fila, nos encontrábamos en Burdeos en Junio del 1940 cuando las fuerzas alemanas, subiendo del Sena en dirección a los Pirineos, ocuparon aquel puerto francés. El Bidasoa —tantas veces evocado por Unamuno y por Baroja—, no estaba lejos: pudimos, como tantos otros, cruzarlo y alejarnos de la terrible zona apocalíptica.

Los corresponsales iberoamericanos se habían marchado de Francia; quedábamos apenas dos o tres. Ibamos a quedar cortados de nuestras bases vitales, completamente bloqueados, aislados del mundo exterior como en una isla desierta... El muro pirenaico, la libertad, se hallaba distante a pocos kilómetros, una hora tal vez en auto... Las divisiones motorizadas alemanas avanzaban, avanzaban... Las caravanas de fugitivos llegaban sin cesar a la frontera ibera abierta—con esa hospitalidad genuinamente española—de par en par. La tentación era grande para el escritor sudamericano que ya había vivido en París ese período neurótico de espera y de ansiedades bélicas de la "drole de guerre" que culminó en mayo de 1940 cuando los ejércitos invasores se pusieron en marcha. Pero el deber del periodista prevaleció sobre las demás contingencias.

¡No había que desertar! Asumiendo en Francia la delicada misión de informadores de prensa, representando en la Ciudad Luz (hoy envuelta en tinieblas) grandes periódicos y revistas de la América del Sur, México, Antillas y América Central, —y esto, como se sabe, desde dos décadas atrás—, no podíamos, siendo casi los únicos que quedábamos, abandonar esta tierra ilustre en los momentos más angustiosos de su existencia. Quisimos compartir su acerba suerte; ser, en cierta manera, los testigos oculares y desamparados de esta grave hora histórica.

Salimos de París cuando el Gobierno francés se marchó hacia los castillos del

Loira; nuestro eminente colaborador y amigo el doctor Marañón, que optó por permanecer en la ciudad desventurada, nos relató luego, en páginas impregnadas de la más fuerte emoción, lo que fué aquella entrada de los germanos en Lutecia, desfilando bajo el Arco de Triunfo. Nosotros asistimos en Burdeos a las siniestras y patéticas semanas del cambio de gobierno y a las no menos crueles del Armisticio. Estábamos en tierra girondina, cuna de Montaigne y Montesquieu, cuando escuchamos —a través de la radio de Londres—, la vibrante réplica del General De Gaulle a la cesación de hostilidades suscrita y ordenada por el Mariscal Petain. Era la primera voz de la Resistencia de Francia en el minuto cabal en que toda grandeza parecía haberse perdido...

Presenciamos, como ya se ha dicho, la entrada de los alemanes en Burdeos, en tanto que el Gobierno francés — y lo que quedaba como restos dispersos de un ejército valeroso pero infortunado—, se replegaba rumbo al Sur para instalarse luego en Vichy. Fuimos testigos, ¡con cuánto desgarramiento en el alma!, de esta retirada y de la claudicación de los hombres responsables de Francia— los Pétain, los Laval—, ante las exigencias cada vez mayores y más imperativas, de Berlín.

—o—

Estuvimos en Vichy entre 1941 y 1942; fuimos huéspedes del famoso Hotel de Embajadores, sede de las Legaciones Iberoamericanas acreditadas en la Capital provisoria. Y luego fué nuestra vida cotidiana, absurda, de París, ocupado y violado por los alemanes; nuestra mediocre existencia de prisioneros libres, de "sospechosos" iberoamericanos, sin poder salir siquiera de la periferia de la gran urbe enlutada; nuestra monotonía de reclusos entre ruido de botas y cascos insolentes de soldados felograu.

No se nos podrá acusar más tarde que cuanto relatamos acerca de estos cuatro años de opresión alemana en Francia (y hemos llevado escrupulosamente nuestro *Diario* clandestino) sea fruto de una imaginación tropical... Declaramos sin ambajes que, desgraciadamente, la realidad es

Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

Consulta por cita

Oficina en San José

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopía

otra: hemos vivido plena e intensamente la guerra total proclamada por Hitler, con todas sus privaciones, con todos sus peligros, con su éxodo inhumano —a través de una campiña agrietada de sangre y de obuses—, con toda su hambre esquelética y su miseria de harapos, con todos sus dolores y su vergüenza; hemos sufrido directamente las consecuencias nefastas de los bombardeos (nuestra hija menor nació entre dos raids aéreos); nuestra casa fué pillada, saqueada; uno de los miembros de nuestra familia—que contaba apenas veintidós años—fué arrestado por la Gestapo de Burdeos, torturado y, finalmente, muerto de manera atroz, por sus verdugos alemanes...

Ningún periodista iberoamericano más documentado que y como nosotros para describir, al margen de toda fantasía (resultaría desde luego pálida comparada a la pavorosa realidad) estos años de desolación y ruina que hemos vivido en esta dulce Francia, otrora el "clima" más civilizado y más amable del mundo, y que hoy, gracias a la fulgente Liberación, la pesadilla de hace sólo seis meses, se está convirtiendo paulatinamente, sin violencia— y éste es el milagro, esto es lo que asombra—, en una verdadera Resurrección.

Si cuatro años de silencio, de renunciación, de pesadumbre, de duelo y de aislamiento no han logrado domeñar la pluma intacta de un escritor que desde hace más de tres lustros tiene como tribuna prestigiosa y ejemplar los órganos más representativos de la prensa libre de América, en todo caso hoy sale de la contienda, en vísperas de su desenlace, con mayor ímpetu que antes, y, ¿por qué no decirlo de una vez?, con acrecentada experiencia, no exenta de serenidad acrisolada y forjada dolorosamente en estos duros años de lucha titánica —los más cruciales de su vida de periodista—, para juzgar, sopesar y co-

COMPRE SUS MUEBLES EN LA
Mueblería EL HOGAR,

Situada 200 vrs. al Este de la Iglesia del Carmen.

Apartado 1384

Teléfono 3339

mentar la situación europea e internacional desde su viejo *Mirador de París*.

El único mérito —si es que lo hay— de esta labor modesta y grave de cuatro años es acaso el haber consentido de buen talante en permanecer en su puesto de observación, en lo que alguno ha llamado donosamente, su *Línea de fuego*, sacrificándolo todo en aras de su misión de Corresponsal americano y en cumplimiento estricto de su deber profesional.

Desde ahora, llenado previamente este

necesario requisito hacia sus contemporáneos — y en particular hacia su público de toda América—, el escritor continental se siente tal vez, con cierta autoridad moral, que carecía ayer, para tratar de interpretar a sus lectores, y en primer término, a los de esta publicación —rectora del pensamiento nacional—, los acontecimientos políticos y sociales que se desarrollen en el futuro.

París, enero de 1945.

El saludo de Francia a las naciones iberoamericanas

En el momento de publicarse esta nota, habrá llegado al Brasil, primera escala de un periplo de tres meses, el profesor Pasteur Vallery-Radot, miembro de la Academia Francesa y de la Academia de Medicina de París, que lleva a la América Latina "el saludo de la nación francesa liberada".

Se trata de una misión extraordinaria excepcional a la que Francia ha querido darle todo el brillo de sus más nobles tradiciones morales y culturales. Puede decirse sin énfasis, que, por una vez, una representación diplomática encarna realmente el espíritu, la letra y el ideal de toda una gran nación. Y nuestra América Latina se sentirá orgullosa de acoger en su seno y rendir el homenaje que merecen los ilustres embajadores de la Francia resucitada.

Además del eminente profesor Pasteur Vallery-Radot, cuyos trabajos científicos son conocidos en el mundo entero, esta misión comprende las siguientes personalidades: el famoso escritor Jacques de Lacretelle, gran señor de las letras francesas, miembro de la Academia Francesa, autor de *Cuatro Estudios sobre Gobineau* y de las *Letras Españolas*, tan admirado por nuestras élites iberoamericanas; el ministro plenipotenciario Ledoux, primer emisario del General de Gaulle en las tierras latinas de América; el valiente Capitán Gabart, que se incorporó des-

de Julio de 1940 en las tropas gaullistas y fue uno de los héroes de Bir-Hakeim; el profesor Ronze, de la Universidad de París; el señor Emmanuel de Sieyès, representante de la Resistencia; y la distinguida señora de Pasteur Vallery-Radot, encargada de la coordinación de las obras en favor de Francia creadas en nuestros países después del Armisticio.

—“No se trata de una misión política, — declaró el Jefe de esta Embajada extraordinaria en vísperas de su viaje a Río—, sino de reanudar nuestros lazos espirituales y culturales con la América del Sur. Trataré de mostrar a nuestros innumerables amigos el verdadero semblante de nuestro país.”

El profesor Pasteur Vallery-Radot es el jefe de esta misión diplomática; obvio es decir que nadie más autorizado ni más capacitado — desde todos los puntos de vista—, como el sabio francés, para desempeñar esta alta y delicada función de Embajador.

—“Considérese lo que fué la Resistencia francesa, —ha explicado el profesor Pasteur Vallery - Radot a un redactor del *Figaro*, de París. “Lo que hemos sido durante cuatro años de lucha contra el avasallamiento y la servidumbre: Es lo que quisiera describir a nuestros amigos lejanos.”

“Se trata también de volver a tomar contacto con los *Comités de la Francia Libre*,

Para todos sus trabajos en ingeniería y copia de planos, llame a los Teléfonos 5319 (Oficina) o 3201 (Habitación).

Ingeniero RAFAEL E. ROIG V.
Aptdo. Correos N° 523.

fundados por los franceses después de la Capitulación. Están formados no sólo por nuestros compatriotas, sino por numerosas personalidades francófilas pertenecientes a los países latinos.

“Debemos llevar igualmente nuestro saludo a los establecimientos franceses de enseñanza y a las misiones católicas cuya abnegación está por encima de todos los elogios: los hay en San Pablo, en Río, en Montevideo, en Santiago de Chile, en todos los países de la América del Sur...”

El profesor Pasteur Vallery-Radot nos resumió, en fin, el sentido de su magnífico viaje:

—“Diré lo que fué la Francia dolorosa y gloriosa durante estos cuatro años. Francia ha sufrido, pero nunca cesó de combatir desde Junio de 1940, tanto en el interior como en el exterior. Vuelve a ocupar hoy su lugar de gran nación, gracias al que fué el alma de la Resistencia en Francia y fuera de Francia, del que fué el salvador de la Patria: el General de Gaulle.”

El gran escritor Jacques de Lacretelle, que cuenta con tantos amigos y admiradores en la América del Sur, y cuyas obras han sido traducidas al castellano y al portugués, ha explicado asimismo su viaje oficial al Nuevo Mundo.

—¿Lo que cuento hacer? Relatar la historia de nuestro país durante la Ocupación; decir su esfuerzo para liberarse; aclarar y evidenciar su voluntad presente. Y, ante todo, hablar de la inteligencia y de las letras francesas.

“Llego pues, como mensajero, pero como mensajero curioso de ver y de admirar. Y deseoso además de transmitir el agradecimiento de los escritores franceses a un público que le ha permanecido fiel.”

En próximo correo aéreo, nos proponemos enviar, especialmente para nuestros lectores, un gran artículo de Jacques Lacretelle.

—o—

Toda la prensa francesa despidió con acentos unánimes de la más cordial simpatía, no exenta de legítimo orgullo, la cruzada de buena voluntad y de fraternidad de la Embajada presidida por el profesor Pasteur Vallery-Radot.

Como redactor en París de los periódicos de toda Iberoamérica, y teniendo el inmerecido honor de interpretar en Europa, en cierta manera, el reflejo y acaso el sentir de nuestras Veinte Repúblicas, por lo menos en lo que respecta a su cariño y admiración por

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfin SERVEL ELECTROLUX

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH Socio Gerente RAMON RAMIREZ A. Socio Gerente

Francia, admiración y cariño que son totales, incondicionales, y que nunca fueron puestos a tela de juicio, ni ayer, ni hoy; como representante en este país de los más prestigiosos diarios de las Capitales que visitará la Embajada volante del ilustre sabio, cumplimos el insigne y grato deber de saludar respetuosamente la Misión que ha llegado ya al Nuevo Continente por la vía de los aires; y admiramos la sagacidad y el gesto de gran gobernante del General De Gaulle al enviar a la América del Sur (llena desde cuatro años, de la nostalgia francesa), una Embajada de tan alta significación y cuyas consecuencias, —por lo mismo que no es política, sino cultural y espiritual—, serán incalculables para nuestros pueblos y para la misma Francia.

Ha podido decir muy justamente Vladimir d'Ormesson, en uno de sus recientes editoriales, que en ninguna otra parte, en el extranjero, el desastre de Junio de 1940 fué sentido con mayor dolor como en los países de la América Latina. Es que todos, sin distinción, nos habíamos negado a admitir la

desaparición de Francia. ¡Su silencio de cuatro años nos pareció atroz! Y no sólo se había pretendido ampararse del suelo y del patrimonio francés, sino también de su propia alma. Semejante atentado traspasaba los límites de Francia. Hería directamente a todas las naciones que recibieron el sublime bautizo de su genio.

Estas naciones, que se electrizaron al saber que la bandera tricolor flotaba nuevamente en la Plaza de la Concordia y en el Palacio del Eliseo, sabrán tributar a los embajadores de la Francia liberada, la Francia de Juana de Arco, de Clemenceau, y de De Gaulle, el homenaje grandioso que ésta se merece. Las muchedumbres entusiastas de toda nuestra América india, —y nuestras ciudades se vestirán con arcos triunfales para recibir y aclamar al profesor Pasteur Vallery-Radot—, dirán, con la elocuencia delirante y la espontaneidad brutal del alma en fiesta de la libertad, nuestra profunda admiración, y también, nuestro reconocimiento a la Francia eterna!

París, Febrero 1945.

C. D. M.

Simbad

San José, 26 de marzo de 1945.

Señor Prof. Joaquín García Monge
Editor de *Repertorio Americano*.
S. O.

Mi distinguido amigo:

En el número de *Repertorio* de fecha 20 del presente mes, tuve el gusto de leer su bella evocación de Sucre. Para los que, deseando leerlo a Ud. más a menudo, sabemos de su disposición de hacerse a un lado para dar sitio a los otros en su propia revista, constituye un privilegio gustar de algo salido de su pluma. Y el tema que Ud. escogió es tan sugestivo que no he resistido al deseo de decírselo así.

En la gran epopeya suramericana, Bolívar es el genio radiante a quien hemos de admirar con los ojos puestos en lo alto, pero Sucre, encarnación de todo el humanismo de la lucha libertadora, es el hombre, el amigo generoso y sencillo a quien podemos estrechar la mano, sintiéndolo muy cerca de nuestro corazón. En la mente gigantesca de Bolívar se entrecrocaban las tormentas de las batallas, con las amarguras de la ingratitud y la sublime inspiración del visionario. Sucre, honrado, modesto, sereno, sólo quiso ser la proyección viviente de su grande amigo a manera de punto de unión entre la gloria y la condición humana.

Nada puedo añadir a lo que Ud. con palabras revestidas de la misma grandiosa sencillez del héroe de Ayacucho, dijo de él. Sólo he querido ser el eco emocionado de su voz y decirle que, como Ud., yo también "... en Sucre pienso".

Lo abraza su affmo. amigo,

Román Jugo

Orotina, agosto 27 de 1944.

Sr. Prof. Joaquín García Monge
San José

Estimado don Joaquín:

Me permito por este medio informar a su muy distinguida persona, que en breve tiempo estará en Costa Rica, para ser colocado en el Parque de la ciudad de Orotina, la efigie del apóstol José Martí.

Como gran admirador que es Ud. del gran Maestro de Maestros, me tomo la confianza de comunicárselo, sé que también lo recibirá con sumo agrado, al mismo tiempo solicito respetuosamente su colaboración, para cuando llegue el momento de hacer el acto conmemorativo al gran vate del Continente Americano.

Esperando de Ud. toda colaboración me suscribo atentamente,

Ulises Delgado A.
Visitador de Escuelas

San José, 10 de setiembre del 44.

Don Ulises Delgado A.
Orotina,

Mi muy estimado amigo: Me llegó su interesante carta. Qué bueno lo que van Uds. a hacer. Qué ejemplo. Los felicito. Unidos, pues, en el respeto a Martí.

Ya lo creo, amigo mío, cuente conmigo; donde se honre a Martí, yo estoy. Ya él nos lo dijo: *Honrar honra*. Mande, pues, a su servidor. Y que se cumplan pronto los anhelos de su amigo

J. García Monge

Orotina, octubre 29 de 1944.

Sr. Prof. Joaquín García Monge
San José

Estimado Señor:

Con motivo del gran homenaje que se tributará a José Martí, máximo exponente de las causas libertarias de Cuba, he pensado hacer una Semana Martiana que finalice con el descubrimiento del busto y gran festejo cívico en honor del distinguido tribuno y gran maestro de maestros. En el parque de la ciudad de Orotina se colocará el busto, obsequio del Supremo Gobierno de Cuba, Exmo. expresidente Fulgencio Batista y Saldívar, por intermedio de la Directora de la Escuela República de Costa Rica de la Habana y por este su servidor.

El deseo de la Visitaduría es que en la Semana Martiana se celebren en la ciudad de Orotina, conferencias que demuestren el valor del gran Martí para los pueblos de América, en especial para la juventud de Orotina, que tenga conciencia plena de quién fué José Martí.

Su colaboración la estimaría para que disertara sobre *Martí hombre*.

Esperando de Ud. la colaboración solicitada y la respuesta favorable me suscribo con toda consideración,

Ulises Delgado Aguilera
Visitador de Escuelas

FELIZ AÑO NUEVO 1945

(Hoja suelta de la Primera Exposición Etnográfica Americana. Hemeroteca Nacional. Carmen N° 31. México, D. F.)

*Mientras la miseria, el dolor, y la ignorancia
sean las características de millones de hogares indígenas,
no podremos pensar
en un Continente de paz y de justicia.*

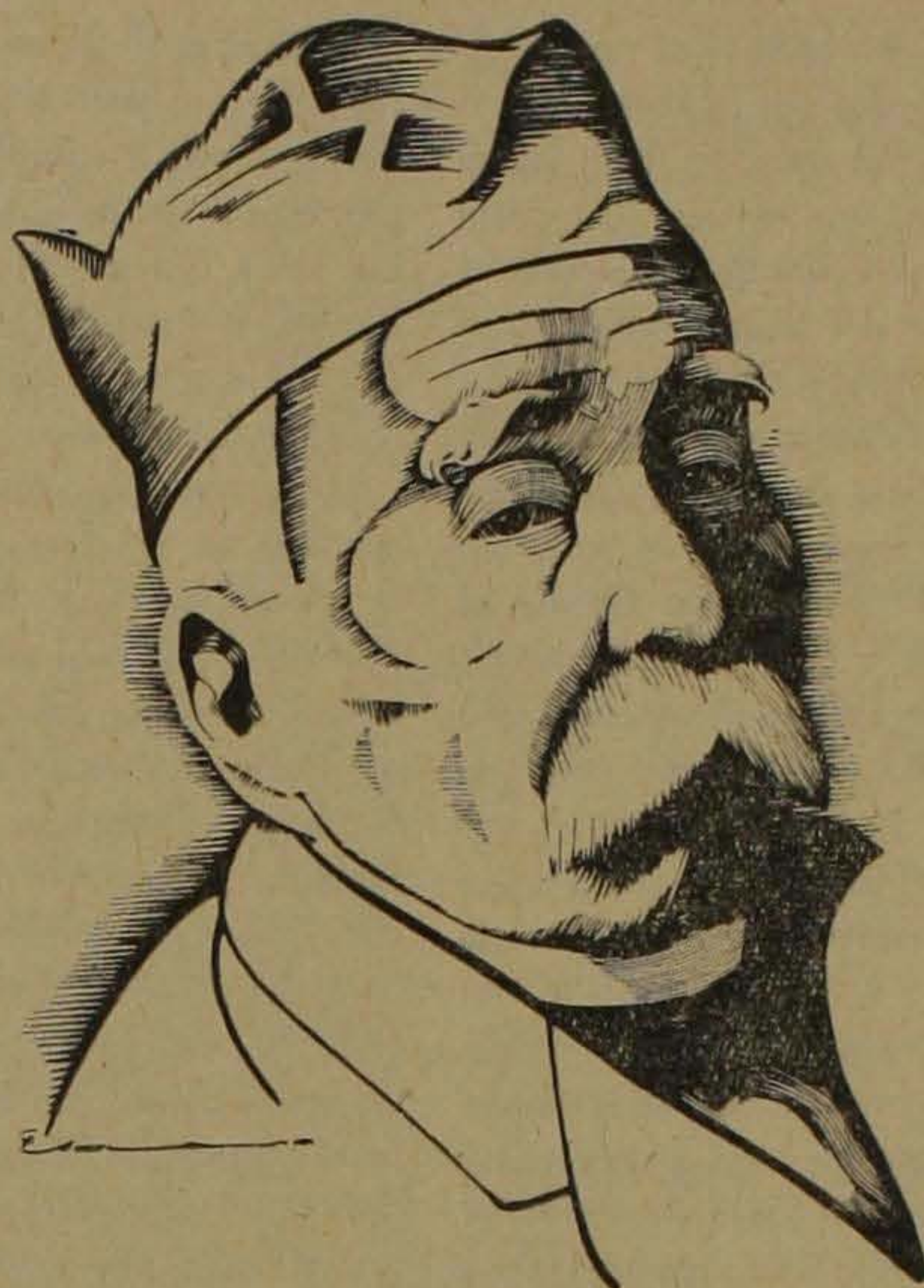
*La postguerra entraña un nuevo acomodamiento
en todos los órdenes sociales.*

*Los hombres americanos
deberán asumir la responsabilidad de esta situación
y brindar su pensamiento y su esfuerzo
para coadyuvar en esta cruzada,
que tiende a convertir este hemisferio
en un sitio del mundo donde reine
la tranquilidad, la igualdad y la fraternidad.*

José Pavia Crespo



Que Francia ha triunfado en esta inmensa guerra gracias a la clarividencia y a la energía de sus estadistas y generales, es un apotegma fuera de discusión tan pronto como se contemplan y examinen imparcialmente las egregias figuras de Poincaré, de Clemenceau, de Delcassé, destacadas junto a las de Joffre, de Foch, de Petain, para no citar sino seis nombres de la enorme constelación de políticos y militares que con su sabiduría y con su esfuerzo han conducido al pueblo francés a la victoria, han cooperado en la obra de salvar a la humanidad entera de una catástrofe y han abierto con mano firme la puerta de una nueva civilización en el mundo. Cuando la asamblea nacional de Versalles eligió Presidente de la República francesa a Raymond Poincaré, los dogos de la guerra no aullaban siquiera en sus cubiles negros: dormían calladamente, hartos de pitanzas prusianas, listos y nutridos para despertar y combatir a la hora necesaria y bajo la voz de mando de sus amos. Francia velaba, velaba siempre, es cierto, pero creeríase hoy que preveía la tragedia inmediata, porque al solucionar el problema de la sucesión presidencial de Armand Fallières en 1913, no dió el más alto honor republicano a un simple decorativo, sino a un genuino representante suyo, a un intelectual, a un patriota, a un hombre en toda la extensión de la palabra símbolo y dechado de la virtud francesa; a un ciudadano ilustre, fuerte, sincero, enérgico, que ha sido en la guerra un gran consejero, que ha sido el estadista viril que se necesitaba en el Eliseo para pilotear la inaudita tempestad nacional e internacional. Delcassé, el tremendo demecador y constructor, hoy retirado de la escena oficial, había dado los primeros golpes de ariete a la fortaleza alemana, al edificar pacientemente con un tesón de espartano antiguo ese incommovible y grandioso monumento histórico que se llama la Entente. El fué el precursor y el profético evangelista de los tiempos nuevos y gracias a su concepción genial, a las visiones de su mirada de águila en el campo del universo civilizado y a la potencia avasalladora, la hora de la guerra no sorprendió a Europa atada de pies y manos, en actitud propicia al dentellazo traidor de Berlín. Delcassé, repetimos, está retirado, pero no oscurecido y es una de las personalidades más espectaculares de esta lucha entre el idealismo y la brutalidad, entre el mal y el bien confrontados en pugilato definitivo. Joffre, por su parte, podría llenar por sí solo la más gloriosa página de la existencia de su pueblo: aquella impertubabilidad ante el desastre, aquel mutismo sacerdotal, aquella fe ciega, aquel espíritu de sacrificio, aquel cálculo sereno, aquel estoicismo patriótico de los días horripilantes de agosto y setiembre de 1914, que movieron su brazo para cortar de un tajo la cabeza de la sierpe alemana que rodaba sus anillos en las riberas del Marne doblemente providencial—, todo ello queda a la al-



Georges Clemenceau

Las lágrimas del gran Clemenceau

Por Guillermo Vargas

(De La Información. San José, Costa Rica, 22 de diciembre de 1918.)

Envío de Doña Odilia Facio de Vargas.)

tura de un meteoro único y fulgido del cielo moral de la humanidad. El Hércules helénico ha quedado eclipsado por Fernando Foch; nada son los doce trabajos mitológicos a la par de las maravillas de potencialidad, de destreza, de ingenio, de olímpico atletismo, que el férreo mariscal ha realizado para ahogar entre sus brazos de acero al dogo tudesco lleno de rabia. Y su lugarteniente Petain, ha igualmente aplastado bajo sus pies de ciclope el nido de víboras siniestras de la Selva Negra, cuyo silbido por fin se apagó. . . , mientras sorprenden al mundo los crujidos del derrumbe alemán. Todo eso es tan heroico, tanto trasciende el resplandor de este grupo de hombres a infinitud, a grandeza, a inmortalidad que apenas es suficientemente sólido el pedestal de los siglos para soportar mañana los bronceos y los mármoles de su imperecedero recuerdo.

Mas ¿cómo encomiar bastante junto a ellos al gran patriarca Clemenceau, benemérito de la patria universal? ¿Qué título, qué palabra, qué giro podría expresar quizás con más acierto nuestro íntimo pensamiento, que confiar en que el futuro las generaciones nuevas de todas las nacionalidades de la tierra, volverán en los momentos de suprema crisis sus ojos hacia él, y los volverán a todas horas con veneración y agradecimiento, para llamar padre a ese coloso, a ese anciano singular que está predestinado a morir con el alma y con el corazón en perpetuo, primavera florecimiento?

Hace ocho meses los médicos del primer ministro, al auscultarlo, al examinar-

lo, al poner hasta el último destello de su ciencia a su servicio, dijeron que su fin estaba próximo; dijeron en el seno de la confidencia que su organismo de acero, gastado por casi cincuenta años de acción y de vida intensa, resistiría unos meses, unos pocos meses más. Y sentenciado a muerte por la naturaleza, allí está Clemenceau, erguido como un gigante, como un gladiador que hubiese estremecido a Pindaro, como un terrible tigre de Circasia, el ojo fosforescente, el músculo delineado y esbelto, la garra abierta y el salto siempre propicio a la contienda. Sus setenta años floridos son una juventud quasi secular, son una existencia de talla homérica, es un héroe que lleva del brazo a Francia, en medio de esta tormenta, y que la lleva y la pasa por todos los escollos y las sirtes con el orgullo, con la fe, con el amor del hijo que conduce a la madre, del compañero que salva a su compañera, del novio enamorado que le arrebató su novia a la muerte. Sí, cuando ese tigre ruge, no ruge con las entrañas, sino con el corazón.

Los días pasan; las clepsidras cuentan minutos y amontonan eternidades. No importa; Clemenceau continúa en pie. ¿Qué fuerza misteriosa lo galvaniza? La única posible en él: el amor a Francia, cuyo salvador acaba él de ser declarado. El triunfo de Alemania le habría fulminado como un rayo; pero jamás dudó de los destinos de la patria; jamás agachó su cabeza; jamás tembló en sus manos la tricolor bandera. Siempre tuvo fe, siempre fué y es

(Concluye en la página 336)

Ayer

A lo largo de los cinco años de guerra, a la hora de la liberación de Francia, y después de ella — sobre todo después —, he pensado en ti y en los vivos que llevan tu marca de centella.

Cada vez que palpo los costados sanos del poliedro francés y los núcleos que harán su resurrección, pienso en la familia Péguy, en el clan misterioso que dejaste detrás. Son muchos y la fila doble se abre con Jacques y Raisa Maritain; están desperdigados por las provincias, viven en Argelia, pululan en Canadá, penan en Indochina; de crecida, la prole rebosa el imperio y alcanza hasta la América del Sur, y yo soy tanto de Péguy como Victoria (*) es de Racine, y más aún...

Te he visto el color y la mirada de Rector afligido, llenos de noche, cuando Francia moría "de la mala muerte", que dice la Iglesia, bajo la ocupación. No hubo nunca muerte en ti, no las tenías en las manos infantiles que remendaron sillitas de junco; no la había en las manos tipógrafas y encuadernadoras, de tu mocedad; no estaba la muerte tendida en tu piel por la que vivías en contacto amoroso con tu bien mayor, con la tierra francesa. Pero donde menos muerte tenías, mi unitario, era en aquella zona media donde la criatura ve sobrenaturalmente lo natural y da un trato "a lo divino" a los negocios humanos. No es ese órgano común ni en la gente gala ni en las otras: los terrestres se echan de bruces sobre su costra verde o rojiza, resobando o gozando el terrón de Gea, que dice el griego, y los místicos hacen la misma trampa viviendo de éteres adentro y dejando a Gea sólo la engañifa de su cuerpo.

Tú, mi santo Péguy, eras caso aparte. Por ejercicio o modo maravilloso, te las arreglaste para verles a todas las cosas y problemas a cuanto caía a tus ojos, la orla y el forro divinos, y para manejarlos con tratos inefables según hace el que vió. Por eso ni tu cielo lo has tenido entre palmas y pebeteros musulmanes, sino en un desasosiego de agonías, cuando Francia estaba ciega y sorda y embrutecida de malos alcoholes.

Te pensé, y hasta te oí, tutor y amigo mío, en el interregno del "vichismo", ojeando hacia la Francia partida en res ("dame esto; coge el resto"), ojeando y husmeando hacia los veinte puntos de los cuales saltarían el coraje y la rebelión. Te vi colocarte en la tertulia de las casas, a fin de oír el comentó de viejos y niños, y te sentí correr los malezales detrás de los buenos furtivos, y supe que soplabas parte de tu resuello santo sobre los **maquis**: consuetud invisible, fantasma agitado y errante. ¿Y cómo habías de estar allí arriba, blanco y quieto, igual que el buho, francés que nos contaste una Francia que está en los cielos, con la categoría de los "Tronos" y las "Dominaciones" y que asienta los pies en Europa sólo en cuanto a encomendera divina, para misión expresa, suya y sólo suya?

El aire y las maneras de tu patriotismo no los conocimos en ninguno de allí o de otra parte, porque aunque fueses

Pienso en Péguy

(Del excelente mensuario *Sur*, Buenos Aires, octubre de 1944.)

soldadescaamente viril, de pronto se parecía al hijo mimoso "pegado a las sayas de la madre... Y es que, si tuteabas al Padre Eterno, ¿cómo no habías de tener con la madraza de limo tales confianzas, tales querendonerías, y, en la justa cólera, aquellos zamarreos de dueño suyo y heredero de su haber terrestre?

Y te miré sobre la costa de invasión, en la noche **lumbrada** de los muertos, asistiendo a lo que no imaginaste nunca: a la otra cristiandad, la mecanicista, la fría, la protestante, llegar en un aluvión de hierro y de mesianismo — de esto también — y desembarcar cantando — ¡ellos! — tu Marsellesa provenzal, revuelta en la humareda con sus himnos puritano-heróicos.

¡Ay, fiesta perdida, Péguy chantre, Péguy soldado en el Marne, Péguy normalista a lo platónico; ay, la ocasión de haberte tenido allí y oírte cantar, rezar y llorar en el desembarco bretón y el normando!

Ahora

Y te vuelvo a pensar ahora, maestro a lo Arcángel, con tu corporalidad celeste acribillada de ojos y tus potencias batidoras como las de Miguel, sabiendo lo que hay que hacer para redondear la salvación, y no estropearla, y no zurcirla ni parcharla, porque las salvaciones salen enteras o no salvan, salvan íntegras según la Minerva o se rompen al llegar y posarse.

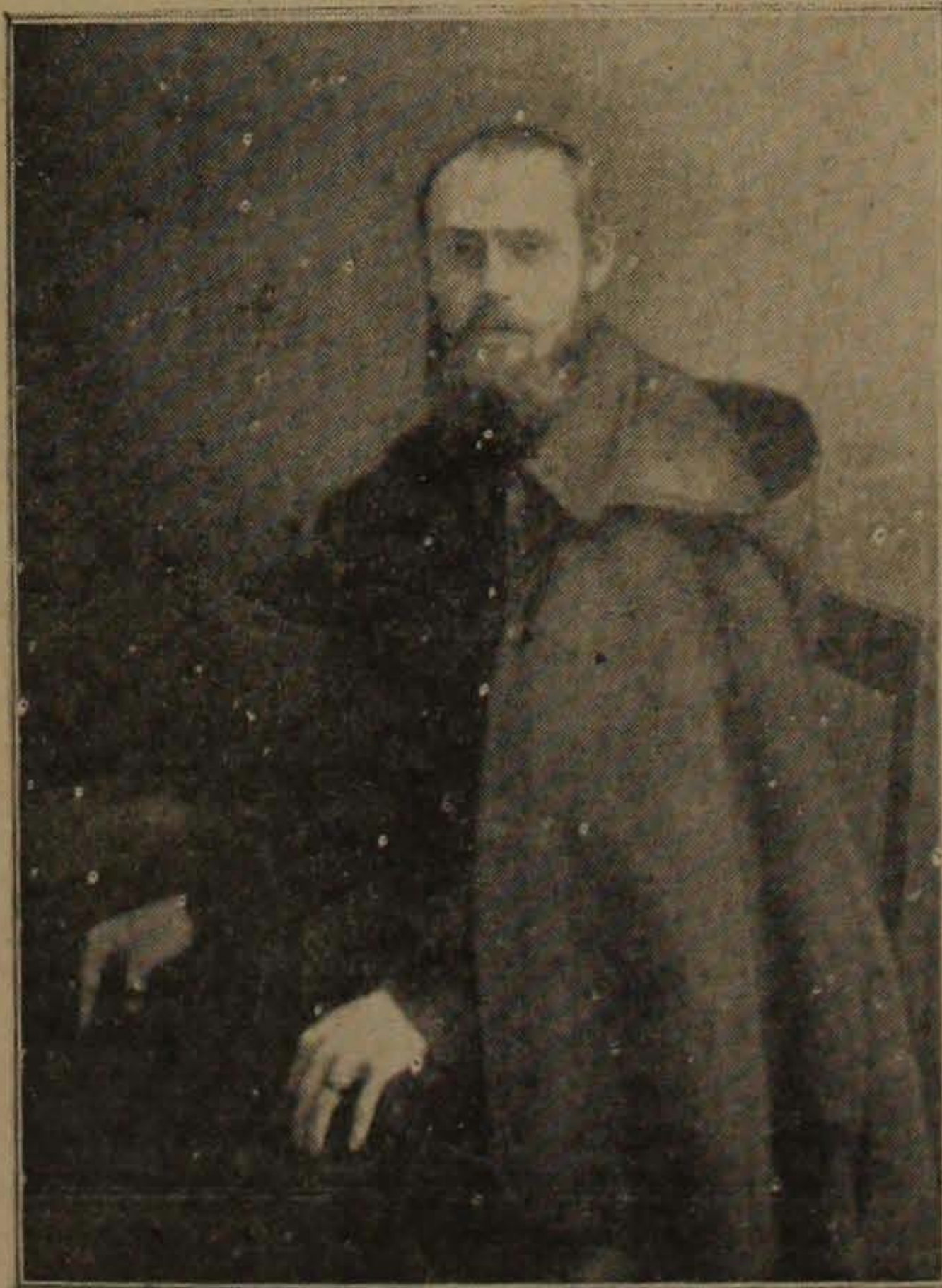
Cuando tu gente cayó, casi no entendiste; cuando Pétain, hizo tratos con tal de guardar ciudades y metió la honra en el arca "para después", y cuando los letrados **peténizaron** en parlería y en

plumeos de escribas antiguos — copistas de Poncio Pilatos —; y cuando las mozas de sangre pronto **taylleranizaron** de otro lado con sus encantos, por ablandar al invasor, en todas esas anécdotas de demencia senil y de falso **enfantillage**, tu cuerpo sin sombra ardía del fuego rojo, no del lácteo que hace tu cielo, y trajinabas las diez atmósferas pidiendo voluntades al Padre Etenno y bajando con ellas hacia los escondedores de los **maquis**.

Pero ahora, santo mío y tutor mío, ahora ya todo maduró de canto a canto en tu país, como un trigo violentado por dos semanas de sol fuerte, o como una viña que pasa de golpe del agraz a la miel. Ahora apenas quedan una que otro pustulilla, aquí y allá, sentándose al brillo de la espada.

Y es ahora cuando me punzas las sienes con agujas más apuradas de recuerdo. Porque es ahora cuando viene la operación de vida o muerte, el parto para alumbrar la Francia-niña, parecida a tu Esperanza, y alumbrarla con el rostro de la Fe y las manos de la Caridad-Justicia, y dejarla en pie, sacándola de los vendajes sanguinosos tan limpia como si el parto no hubiese sido cosa de acero y sajaduras sino el desprendimiento enjuto de Casiopea desde la nebulosa placentar. Injerto no, homúnculo no — dirás tú — sino el parto de Isabel Romée, madre de Jeanne.

Tu sientes, paso a paso, este nacimiento que para ti se cumple en un triángulo que tiene de un lado a Chartres — alias la Tradición —, del otro a la Sorbonne rescatada a los viejos de seso mineral que detestaste, y del otro aun al Valle del Loire, verde hasta cuando le llueve encima la sangre.



Charles Peguy

(*) Victoria Ocampo.

Sigues y sigues a estas horas la diestra de Gaulle y la miras con más amor que la de tu Ángel Custodio sobre ti. Vas y vienes con él, haces trucos y destrezas de Ariel cuando lo paran y le cuchichean el sub-jacobino, o el monárquico diz que arrepentido o el loco de atar, que es el molinero y querría ahora mismo molerlo todo: piedras de Orange, cimientos armados fronterizos, mujeres y hombres, con tal de hacer su harina y crear el desierto argelino.

Tú, el pequeño Péguy, le mides al hombrón la talla de encina trepada de muérdago; le silabeas su nombre que parece fábula en la coincidencia y te embobas ante su fuerza austera. Tú, el menudillo, vas cosido a tu grandullón, haces el sargento y hasta el médico, vigías su bocado y no le pierdes pisada en el día. Y cuando lo ves cansado, lo tocas con redoble musical en la frente pina, en el pecho, de donde salta el ímpetu, y en las rótulas que han de resistir sin doblarse. En el día le hablas con las frases cortas que eran las de tu habla, y de noche le conversas con el período demorado de tu escritura. El Generalísimo y el tejedor de mimbre se entienden bien y se miran con los ojos que no se sueltan. Y cuando ya es noche, lo pones a dormir, y entonces abajas a él tus seños cuya hora al fin llegó, y se los pasas y repasas de sien a sien, insistentemente según tus vocativos y letanías.

Cuida a tu flamenco, cuando marcha, del castor reaccionario, que cava y mina, y al cruzar los jardines de la banlieu, libra su cara desnuda del avispero anárquico y guárdalo hasta de las palomas falangistas que pasan el Pirineo con un anillo de santo y seña en las patitas rosas...

Vela tú todavía un poco más, trajina, haz mandados, pero reaparece, celador nocturno de tu Europa hospitalizada. El cielo, ése espera; mas la pobre tierra, en un desliz de ausencia, se enloquece y rompe la vajilla y hace saltar la casa. El Dios Padre te dió segundo cuerpo tal vez para que velases sin bostezo y te arrancó de la imprentilla de los Cahiers para que anduvieses huroneando por el taller entero de Francia y por su lanura cereal y frutal.

Harto esperaste, con tu paciencia paysanne — veinte años entre dos guerras —; pero ni penaste ni rezaste en vano. Segunda y última vez, irás a decir tu "Acción de Gracias" a pie de París a Chartres con la Francia recién nacida enjalbada en tus hombros; segunda vez escribirás el *Mystère de la Charité de Jeanne d'Arc* y de su llamarada, que esta vez saltó de los matorrales y de los jarales de la Saboya.

Gabriela Mistral

Petrópolis, septiembre de 1944.

T-N-T

(En el Rep. Amer.)

"Los Poetas actuales, con voz fuerte, bronceada, deben cantar como hombres."

Si nada más hubieran aprendido los salvadoreños, leyendo a Antonio Gamero, bastarían esos dos versos para que T. N. T. mereciera vivir entre los libros de 1943.

"Los poetas actuales deben cantar como hombres".

Y con más razón en las tierras de esclavos.

Yo saboreo los versos de sabor de miel, pero a condición de no olvidar que vivimos la hora del golpe y del martillo. La patria se forja a gritos y a golpes. Con guijarros abre el río su lecho, cuanto más hirientes mejores para hacer hondo el cauce.

La fuente llora; brama el río. Se desguinda furioso, altanero, reclamante, moliendo todos y empujando piedras. Lo incitan los abismos y se arroja heroico y los vence. Ninguna sima lo espanta; ningún foso lo amedrenta. Muele sus propias aguas, las arremolina, las retuerce y es lago mientras no alcanza los bordes, pero llegado a lo alto se desgaja de nuevo, mas fuerte, si más elevada la caída, y anda hasta ser agua de mar.

Imagen hermosa el río de montaña para el poeta de hoy, rasurado, bañado, oloroso a jabón, sin neurastenias de señora, sin cursis novias pálidas de balcón!

El tiempo modela poetas, la guerra los acera. El mundo actual es cataclismo, y

entre el silencio en vuelo que es la mariposa y el trepidar del bombardero, el poeta sensitivo de hoy escoge el segundo, se yergue y grita y alza el puño y escribe mojando el verso en tintas rojas de protesta.

En la Rusia invadida los poetas no lloran la muerte de sus padres ni el deshonor de sus hijas o de sus hermanas, muerden al enemigo, lo sacuden y lo despedazan. Ylia Erhenburg escribe a voz de metralla sus poemas de venganza y en *Guerra a muerte al invasor* immortaliza a gritos de hombre la barbarie nazi.

En El Salvador no es posible todavía una legión de cantores machos de las ideas nuevas. Ellos vendrán a su hora; hay anuncios buenos. Uno es el arribo de Antonio Gamero y de su libro *T. N. T.* donde el joven, en el maremagnum de su propia poesía, de su juventud y de sus fuertes inconformidades, pugna por encontrarse a sí mismo.

Hay dos formas de buscar espacio: golpeando fuerte, en desesperado frenesí los cristales de las ventanas de la vida, o limando los barrotes para saltar un día las tapias de la cárcel.

Mueren la mosca y la abeja, en vuelo agotado, en ingenuo afán de pasar a través de las vidrieras.

Sálvese el reo si lima día a día las rejas de su cárcel.

Antonio Gamero golpea todavía los ven-

MINERVA

Revista Continental de Filosofía
Publicación bimestral dirigida por
MARIO BUNGE

Colaboraciones de investigadores de
de todo el Continente

Subscripción anual: 10\$ m/a. o 4 dólares,
o 1 £. Número suelto 2\$ m/arg. o
80 Cts. de dólar.

Giros y Cheques a la orden de
Adolfo Moringo, Garay 431, Buenos Aires, Rep. Argentina.

tanales de la vida y al herirse en ellos parece vacilar. Es natural en quien se atreve por espacios intocados. Además, la escuela no da en El Salvador lecciones de serenidad; no enseña a frenar los ríos de la sangre, y Gamero anda un Pegaso que vuela sin rumbos definidos. Sin embargo, sus versos mejores anuncian al hombre de mañana. *Encargo de un nuevo Cristo* se atreve en campos ideológicos nuevos, y pide un Nazareno "hosco, ceñudo, impávido, burlesco, descreído".

En *Elementos para una poesía de hoy* aconseja "marchar con paso bélico; y, trocando en acero su corazón angélico, gritar esta proclama: Hoy la poesía es guerra".

Hoy la poesía es guerra. Cuzcatlán vive aún sin pelear. Vive la mísera existencia del espectador, pero lo siguen royendo el hambre, la desnudez, la esclavitud, la ignorancia, todos los enemigos de su felicidad terrena. Un Cristo que llegara sin armas no hallaría pueblo.

Una vez los hombres salieron a las calles desarmados. Creyeron que bastaba el azul de la bandera santa para bajar la mano criminal que amenazaba asesinar la libertad. Ganaron los contrarios. Mataron en las calles a los manifestantes desarmados. (1).

Otra vez los corvos en alto parecían decir que basta el arma blanca en alto y fuera de la vaina para que haya justicia. Venció la metralla y se pudrió insepulta la carne humana en los barrancos. (2).

El nuevo Cristo ha de llegar blindado, con nueva doctrina, con hombres nuevos y fuertes, sin ramos de olivo en la mano. No Quijote en Rocinante: Hombre en la máquina infernal cuya prédica siembre a tiros la justicia. Lo presiente así Gamero: lo soñamos todos los irredentos.

Señalo cuatro versos para que los mediten los salvadoreños: *Trinotrot Nuevo. Bomba de profundidad. Elementos para*

(1) La matanza del 25 de diciembre de 1922 en las calles de la capital salvadoreña, cuando asesinaron a hombres, mujeres y niños los soldados de Quiñónez Meléndez.

(2) Los 35.000 ancianos, mujeres, niños y hombres que hizo matar cobardemente el General Maximiliano Hernández Martínez.

uno poesía de hoy, Encargo de un nuevo Cristo.

Me ha regocijado mucho la lectura de *T. N. T.* Me anuncia tiempos nuevos en El Salvador, una inconformidad que se atreve a subirse a la tribuna del verso sin smokin, sin camisa almidonada, sin chistera.

Bien, *Antonio Gamero*. Sangra Cuzcatlán, sangra y hiede; llora y sufre en silencio. La desnudez no protesta a gritos; el hambre todavía no lanza su macabra carcajada, preámbulo de locura; las llagas se esconden; no tienen valor de manchar autos, sedas y casimires.

Baje usted al Infierno salvadoreño,

mánchese y suba luego, en media calle, en la plaza más ancha, grite y acuse. El grito suyo—grito de poeta—despertará a las masas y les dirá: *¡Marchemos!* Lo seguirán las masas, porque lloran todavía al Cristo que no llega, pero que ha de llegar, así como lo sueña usted:

*Un Cristo a quien podamos
gritar en las angustias
hinchidos de esperanza:
Líder nuestro que estás en el frente,
envíanos cañones y metralhas.*

Francisco Luarda

Villa Colón, Costa Rica, 15 de enero de 1944.

Pasado, presente y porvenir de Centro América

Por Vicente Sáenz

(En el Rep. Amer.)

No encuentro título mejor para este trabajo que el del encabezamiento. Porque eso es, en resumen, y en forma muy sintética, lo que creo más oportuno ofrecer a los lectores: una reseña del pasado, el presente y el porvenir de Centro América, explicando, tan sencillamente como sea posible, basado en realidades, lo que otros suelen confundir por la obsesión de buscar "interpretaciones", más o menos aceptables o más o menos retorcidas, a la luz o a la sombra de ésta o de aquella doctrina filosófica.

Mala cara pondría sin duda don Carlos Marx — si de pronto se encontrase de nuevo en este valle de lágrimas para unos, y de placeres para otros — al ver y oír tantas cosas como se dicen y se hacen en su nombre.

Exclamaría, por lo menos, que le está sucediendo lo mismo que a la democracia. Después de mucho predicarla, la ponen en trance de naufragar aquellos que se valen de doctrina tan dignificadora para otros fines que no han de ser, precisamente, los que conduzcan a una transformación política, social y económica de honda raigambre democrática, en el más amplio sentido de la palabra.

Comprenderán los lectores que muy bien podría emplear en este caso, al hablar de transformación económica y política, vocablos de factura o de manufactura "técnica", que por lo traídos y lo llevados han venido a ser comunes: infraestructura, superestructura, dialéctica hegeliana, tesis, antítesis, síntesis, etc.

¡Bien cabría todo eso! Pero ya voy entrando en disquisiciones y aun imaginándome el fruncido ceño del fundador del socialismo científico, al ver el estado en que lo dejan quienes acostumbra apegarse más a la teoría — a lo que hoy toma la misteriosa calificación de "tácticas" —, que a los hechos claros y precisos; a la Historia, en suma, que es la vida de los pueblos.

Dejo por consiguiente el preámbulo, y me

acojo, sin más demora, a realidades concretas desde el punto de vista histórico.

Alborea la independencia americana en el siglo XIX.

He sostenido en mis cátedras de Historia de América que la lucha por independencia y libertad, quedó planteada en nuestro continente a poco de iniciarse la conquista.

Y no porque la gran masa indígena, vencida por las armas o catequizada por la fe, sumisa, víctima de la servidumbre, desmoralizada, desposeída, se enfrentase a los estamentos directores de la sociedad en la época de la Colonia.

No. La lucha se entabló desde un principio entre las mismas clases poseedoras. Contra la autoridad real, contra el Estado, contra la metrópoli; contra la burocracia peninsular de virreyes, capitanes generales, jueces, visitadores, tesoreros de la Corona, audiencias, oidores, factores y demás funcionarios; incluso contra las misericordiosas Leyes de Indias — que sólo en mínima parte se cumplieron — inspiradas por dominicos y franciscanos, empezaron su oposición los conquistadores, los encomenderos, los *hombres de garra*, que se habían ido posesionando de la tierra, de los indios y sus familiares como esclavos, de las minas, de todo lo que significaba dominio económico.

De modo que las raíces de la independencia — asegura dentro de la misma tesis Jorge García Granados — "no se encuentran en el período inmediatamente anterior a ella, sino que el conflicto duró en potencia tres centurias". Y agrega:

"Desde los primeros tiempos se suceden los asesinatos, se multiplican las conspiraciones y aun se llega a la guerra civil, como en el Perú. Colón regresa de su tercer viaje cargado de cadenas; Cortés muere en desgracia; Núñez de Balboa y Gonzalo Pizarro, hermano de don Francisco, acaban en el ca-

G. E. Stechert & Co.
(Alfred Hafner)

Books and Periodicals

31-37 E. 10th St., New York, N. Y.

Con esta Agencia
puede usted conseguir una suscripción al

Repertorio Americano

dalso; los hermanos Contreras en el desastre de una sublevación obscura; nadie está libre de un proceso ni de la muerte, porque las denuncias llevan todos los días, al rey y a sus consejos, grande alarma respecto a los planes de los conquistadores.

"El hecho escueto es que los españoles avocados en las colonias aspiran a formar una aristocracia dominadora, considerando injusto y tiránico cuanto se oponga a sus aspiraciones. Nuevos intereses económicos los hacen apartarse de la metrópoli y sentirse individuos de otra colectividad.

"Continúan siendo españoles, pero españoles de América, ya no de España. Su enemigo natural es precisamente el español peninsular — el "europeo" que por merced del monarca, y sin conocer siquiera el país en que vive el criollo americano, le disputa la hegemonía de lo que él considera su patria, le arrebató las prebendas y legisla a su favor sobre la propiedad de los encomenderos, sobre las minas y demás fuentes de riqueza".

Esta era, pues, la situación de nuestra América, durante sus tres largos siglos de coloniaje, hasta que corrientes ideológicas mundiales y acontecimientos políticos determinados vinieron a propiciar, en el momento oportuno, la ruptura de los lazos que ligaban a las colonias con la metrópoli.

¿Y cuál fué ese momento oportuno? ¿Cómo y cuándo pudo madurar el movimiento hispanoamericano de liberación?

La respuesta es bien sencilla: cuando las minorías intelectual y moralmente selectas de nuestros países captan y pregonan el ideal de libertad del viejo mundo, sobre todo el de los enciclopedistas franceses, quienes durante el siglo XVIII reaccionaban, con decisión extraordinaria, contra las desigualdades y las injusticias del antiguo régimen. Estaban ellos proporcionando a los pueblos europeos — y también a los de América, desde el otro lado del mar! — la doctrina democrática que fué la base de la revolución francesa.

Llegaba la propaganda — libertad, igualdad, fraternidad — en los mismos barcos que traían productos manufacturados de la metrópoli, a precios altos de monopolio, en tanto que se llevaban nuestras materias primas al bajo precio que les quisieran fijar las compañías concesionarias españolas.

Abusos semejantes provocaron la independencia de las trece colonias inglesas de Nor-

teamérica, que junto con la revolución del 89 contra el absolutismo de los Borbones, formaron un "clima", una "psicosis" mundial que negaba el derecho divino de los reyes, que proclamaba la igualdad entre los hombres y que ya no quería tolerar el formidable poder económico del clero.

Ese "clima", en mayor o menor grado, alcanzó al imperio colonial de España, como reflejo de lo que ocurría en Europa y en los Estados Unidos, no obstante el analfabetismo de las grandes masas de indígenas, de mulatos, de zambos y de "pardos" de un extremo al otro de la América española.

¿Valdría la pena entrar aquí en consideraciones sobre lo que debe entenderse por analfabetismo? ¿Sería necesario recordar cómo insignes letrados de nuestras pobres repúblicas han sido los más grandes enemigos de la dignidad humana, en pugna con analfabetos que no sabían leer los signos gráficos del pensamiento, pero que sí entendían y sentían el modo de pensar de los libertadores?

Este último es el caso de los húsares de Junín, de los mexicanos que seguían a Hidalgo y a Morelos, de los gauchos argentinos, de los llaneros tropicales, de toda nuestra heroica pléyade de soldados poco leídos, pero que saltaban victoriosos de cumbre en cumbre, recorrían llanos, bajaban a los abismos y salían por doquier al paso de los realistas, hasta dar su golpe definitivo, en Ayacucho, a la dominación de la España imperial en nuestro medio.

Adviértase que ese gran movimiento continental, contra Bonaparte como pretexto y después contra la monstruosidad y la traición personificadas en Fernando VII, se hizo simultáneamente, de norte a sur y de este a oeste, en todas las colonias que explotaba España en el hemisferio occidental.

Ya se ha dicho que se había formado un "clima" psicológico que nos llegó de Europa, pudiendo dar su fruto tanto en México como en Venezuela, en Chile como en la Argentina, sin que Hidalgo se hubiese puesto de acuerdo con Miranda o San Martín, ni Morelos con Bolívar o con O'Higgins.

Epocas o períodos caóticos

Después, las épocas caóticas. No triunfaron los pueblos. No triunfaron las grandes mayorías poseídas. La victoria fué de los orlillos, del clero rico (no de los humildes sacerdotes proletarios), de los latifundistas, de las clases dominantes, en fin, que deseaban el poder político, y que lograron obtenerlo con la independencia.

Los verdaderos insurgentes, los que sí pensaban abatir o por lo menos frenar un poco al poseedor, tomando como ejemplo el caso de México, fueron fusilados y posteriormente aprovechados o engañados en nombre de la independencia —Guerrero con el Plan de Iguala—, en más de una década de incansable lucha. Aquellos grandes y gloriosos re-

beldes, tuvieron entonces que dejar su sitio a quienes en las primeras batallas habían sido los más crueles y sanguinarios defensores de la monarquía peninsular.

Sacrificado Hidalgo, sacrificado Allende, sacrificado Morelos, sacrificado Mina, convertida en humo la Constitución de Apatzingán, nos encontramos con una independencia ultimada por el realista Iturbide, merced al dicho Plan de Iguala y a los Tratados de Córdoba.

Hábilmente se confeccionó el nuevo orden en las reuniones de la Profesa, donde canónigos y algunas mitras; comerciantes peninsulares con grandes intereses que defender; aristócratas criollos, que seguían siendo partidarios de Fernando VII o de cualquier otro absolutismo, nobles de ultramar llegados a estas tierras en servicio de la Corona; tantos otros enemigos poderosos, resumiendo, de los únicos que merecían el calificativo de revolucionarios, se sintieron de pronto conmovidos por ansias de reivindicación autonomista: es decir, la suya, que no era ni mucho menos la del pueblo.

Todo eso dió origen al imperio iturbidista y al período caótico que habría de seguir a tan flamante régimen. Nótese, como experiencia digna de estudiarse en nuestros días, que la consumación de la independencia mexicana por Iturbide, con su Plan y los convenios de Córdoba, no fué sino el resultado de lo que ahora se llamaría *unidad*.

Con esta simple palabra, a la que no pocos partidarios de la "táctica" le dan poderes mágicos o sobrenaturales, se pretende echar en un mismo costal a monárquicos de pies a cabeza; a fascistas redomados de hace pocos meses; a poderosos industriales; a obispos y arzobispos de los que en España firmaron la Carta Pastoral en favor de la matanza del pueblo católico peninsular, que andaba mosquetón al hombro defendiéndose de falangistas y traidores; a todos los que quieran unirse a ciertos grupos mal llamados izquierdistas —¡e izquierdistas de hueso al rojo vivo!—, con objeto de librar descomunal batalla contra las fuerzas totalitarias de Berlín, de Tokio y de otras capitales.

También, si ello es posible —¡Washington y Londres apoyan al Madrid de Franco!—, contra el ya referido vaticanista indulgenciado, "con voluntad de imperio", a pesar de que lo siguen bendiciendo y ensalzando los reaccionarios de todos los matices, a quienes "tácticamente" pretenden atraerse los del pueril extremismo colorado.

Cae de su peso que no quieren sacar experiencia de la Historia quienes predicán cosa tan absurda. Y para demostrarlo insisto en el caso de México, por lo que esta generosa república significa para Centro América, y por moverse aquí algunas de las citadas agrupaciones que al hablar de "perspicacia política", guiñando el ojo, dan la impresión de no comprender que los del bando contrario —¡los cavernarios invitados a

unificarse!— también saben guiñarlo, puesto que debe presumirse, salvo mejor opinión, que los que tanto han medrado y explotado al prójimo, no pueden ser, aver ni hogaño, inocentes bobalicones sin pizca de entendimiento.

Pues bien, arriba quedó expuesto lo que vino a suceder con la *unidad* en torno de Iturbide, y con la derrota consiguiente de las aspiraciones populares: el imperio, de primer entrada; y a poco andar un caos de tal naturaleza que le hizo perder a México la mitad de su territorio, después de la separación de Texas, viéndose por otra parte sometido nuestro heroico hermano mayor, por una u otra causa, a intervenciones extranjeras que nunca fué posible dilucidar a la luz —*generalmente opacada*— de la Doctrina de Monroe.

Pero hay todavía otro ejemplo, a propósito de tan singular clase de *unidad*. ¿Ignoran acaso los teorizantes de 1944 que el mejor apoyo al porfirismo, en lo que tuvo de paso atrás: desde la tolerancia en lo que atañe a las leyes de reforma hasta la entrega del país al capital monopolista extranjero; ignoran que todo eso se construyó con argamasa de *unidad*?

¡Junto a liberales moderados y a liberales extremistas o jacobinos, entraron a cooperar en la administración nada menos que el Regente del imperio de Maximiliano, el famoso arzobispo don Pelagio Labastida y Dávalos, en la muy grata compañía del obispo de San Luis Potosí, Monseñor Ignacio Montes de Oca, y de éste o aquel delegado en la Comisión conservadora que ofreció al archiduque austriaco la corona imperial!

Témanle a esa clase de contubernios —tan contrarios a los frentes populares, que sí eran capaces de cohesionar a los partidos efectivamente progresistas, en lucha decisiva contra la caverna interior e internacional—; témanle a esa clase de *unidad* los demócratas sinceros, que no van por caminos equivocados o tortuosos.

¡A la unidad con Halifaxes, Darlanes o Badoglio —estilo Nacionales Unidos—, al confusionismo, al apaciguamiento en cualquiera de sus formas, a tanta complicidad o incomprensión que, por otra parte, cohibe a mentes generosas para enfrentarse a los tiranos de por estas latitudes, con sus leguleyos cómplices del imperialismo extranjero, con sus machetes y levitantes, que de Pearl Harbor a la fecha se han convertido en defensores de la democracia en nuestro continente!

Témanle, que ya don Porfirio —de alta talla si se le compara con los mediocres personajes del viejo mundo en descomposición— pudo demostrar que semejante forma de *unidad* bien habría de servirle para sus treinta largos años de dictadura! Tal vino a ser el remate del período caótico iniciado en la Profesa, que azotó a los mexicanos durante más de cuarenta años!

París

(En el Rep. Amer.)

Allons enfants de la patrie
le jour de gloire est arrivé.

Tu día de gloria, París, ha llegado.
El 23 de agosto de 1944
es otro Arco de Triunfo con el 14 de julio,
en tu historia inmaculada.

Se han abierto las ventanas
que por cuatro nefastos años
permanecieron cerradas
escondiendo la faz
por no ver al intruso y bruto teutón.

Se han abierto las ventanas
y cien mil voces han cantado
Allons enfants de la patrie.

Mil caras surcadas de dolor
parpadeando sus ojos
ciegos por la oscuridad de los años de encierro,
parpadeando sus ojos
para ver la luz de la gloria.

Mil caras, miles de caras se han asomado a tus Campos Elíseos
para ver desfilar a tu héroe nacional:
De Gaulle, De Gaulle, De Gaulle
que te aseguró la gloria, el triunfo en medio de la desgracia,
porque creyó y cree en las rojas palabras sibilinas de tu escudo:
Fluctuat nec mergitur.

Sí.
las olas te baten pero no zozobras.

Podrá ver un eclipse en tu vida luminosa, unos años
que son segundos para el sol, pero
esplendorosa, volverás a brillar
y el contraste de oscuridad y luz
te hará más brillante.
Así estás hoy, París inmortal.

Le jour de gloire est arrivé.
Ton jour de gloire.

El día de gloria no sólo tuyo, París,
es el día de gloria del mundo
porque tú eres nuestra luz.
Quien no sienta tus ardorosos rayos
no sabe lo que es civilización.
Quien no se ha acercado al brocal de tus fuentes
no sabe del elixir de la vida bella, de la vida hermosa.
Quien no ha corrido por tus bulevares
no ha caminado por las calles del mundo.
Quien no se ha calentado con tu elan
no sabe del vino de la vida,
París inmortal.

Una y otra vez y mil veces más
tus hombres y mujeres harán barricadas
y te secuestrarán de manos polutas,
de aquellos que desean mancillarte, seducirte,
Tú no serás de ellos, París,
Tú eres del que ame la belleza, el amor, la libertad y la gloria
helénica inmortal.
Tú naciste de vientre rosa anacarado de una virgen venusiana
y te colocaron en el centro del mundo,
porque Francia es la cuna y el pecho de los hombres libres.
Volverán la Rue de Rivoli
el Café de la Paix, la Place de l'Opera le Bois de Boulogne,
El Sena con sus libros.
Montmartre y Montparnase, la Coupole, la Rotonda y le Dôme,

volverán todos a centellar como collares de diamantes en tu es-
Y las Campanas de la Razón de Notre Dame rajarán el espacio
cotado y levantado pecho.
con sus repiques de alegría
y la Sorbonne volverá a uncir con su aceite crismático de sabi-
duría
a los hijos del mundo
que vienen en pos de la Verdad.

Luxemburgo
Y se harán guirnalda, rondas de fraternidad en los jardines de
y al lado de la Fuente de los Medici
se volverá a leer a Musset. Allí los enamorados.
Y las rosas de Versailles y de los Trianon volverán a sonreír
con sonrisas de marquesas a los miles y miles de turistas
que vengan a ver, a palpar lo que es civilización.

Vuelves, París,
Vuelves, París, a ser el latido del mundo.
Sin ti nos ahogábamos, sin ti estábamos en agonía perpetua.
Has vuelto a darnos vida, porque tú eres la Vida.
Acertado el que dijera: "Dos patrias tiene el hombre, la suya y
París."

En tus pliegues de acogedora madre, no se siente el hambre, ni
el frío,
ni la duda ni el dolor.

Tus pliegues de madre dan pan y calor y alegría.
Respirándote vivimos. Respirándote nos immortalizamos,
porque tú eres París, la gloria inmortal.
La lumbre en la Tumba del Soldado Desconocido,
esa lumbre, es el fuego eterno de tu eternidad.
A esa lumbre vestálica irán a encender antorchas para iluminar
las conciencias del mundo.

Es Fuego sacro. Es Fuego de sacrificio.
Tu luz—Ciudad Luz—jamás se extinguirá como tu nombre.
Citoyens français, le jour de gloire est arrivé.
La Marseillaise es el himno de gloria de todos los pueblos libres.
París, París inmortal!

Pedro Juan Labarthe

San Juan de Puerto Rico, marzo de 1945.

Presencia de Tomás Garrido

Por Baltasar Dromundo

(En el Rep. Amer.)

8 abril 1943.
8 abril 1945.

He de cantarte ahora
en el segundo año de tu viaje;
hoy que tu polvo es flor,
añilura de recuerdo,
hoy que has vuelto a la tierra con tu polvo
y estás profundo, vivo,
intensamente vivo en aquel aire
bajo ese tenso cielo de Tabasco
—pista y cristal azul de la gaviota—;
he de cantarte ahora que estás en aquel aire
y en aquella plural divagación del río
y en aquel gran silencio de estrellas que lo baña
y en la ambrosía ojizarca de la tierra que besa
y en la moneda roja del sol que lo estremece
y en la luz casi diurna de luna en el Grijalva,
y en abril inefable tan colmado de pájaros,
y en la actitud enhiesta de árboles centinelas,
y en marimbas de plátanos donde el sureste canta,
y en bosques de colores que viajan en los ríos,
y en turquesas magníficas con que despierta el día

y en la fiesta de piedras preciosas de tu cielo
que incendia el mar,
bajo la tarde,
abriendo lentamente su vieja puerta de oro
para alumbrar la muerte sin muerte de tus ríos;
así estás vivo tú y tan profundo
en el año segundo de tu viaje.

He de cantarte ahora como fuiste,
con la luz dominante de tus ojos,
tan sencillez y tan lleno de sonrisas;
he de cantar ahora tu amistad
tan severa y tan grande hacia los niños;
he de cantarte ahora tan rebotante de pasión,
y acción,
y movimiento, y energía
como el Usumacinta en su carrena,
redivivo en la fuerza de los hombres que fueron
he de cantarte como fuiste,
desde Juan de Grijalva;
he de contarte como fuiste,
tan señor entre todos,
indolegable como la ceiba portentosa de Atasta;
y he de cantar el día que aún tengo aquí,
día hondo en el llanto
que crispó el puño hasta dejarlo yerto,
día del corazón y su agonía,
día de despedirte sin adioses,
mientras el viento con puñales fríos
arrazaba los ojos de tu madre,
sujeta allí,
clavada con su dolor, transida,
estrujada por dentro en sus raíces,
ciñéndote en sus brazos por vez última,
con su preciosa austeridad,
doblada y sin doblarse con su pena,
quizá por que tuvieses, como siempre,
su inmarcesible imagen,
su entereza,
su integridad,
la verdad de su amor intraducible.

He de hablar de tus actos
sólo con la memoria de mis ojos;
he de hablar de tus manos
con el fervor de quien las vió en la siembra;
manos de sembrador y de maestro,
y de gran capitán para el ejido,
manos de agricultor y de jinete
que pasa sobre el tiempo y que lo vence;
manos de su libertador,
de mi libertador,
de nuestro libertador;
manos de dictador que padecieron por las de los demás,
manos que hicieron la justicia
de un tajo nada más;
manos incontrastablemente cálidas a veces,
tan generosas para el bien como inflexibles dentro de la ley,
nobles y pródigas en uso del poder;
yo he de hacer el dibujo de tus manos
con el recuerdo de Epigmenio Antonio,
y tu afán ganadero que atalayara el porvenir,
y tu invicta visión educativa
que hizo volver a todos la cabeza
como si echara a andar, con su perenne actualidad,
nuestro mejor varón, el Presidente Juárez;
así recuerdo aquí tus manos,
que se entregaban definitivamente

y que odiaban de lleno, también, hasta la muerte,
manos para el timón,
para el libro y la espada,
manos de hombre que nunca dejó de estar de pie,
ni al través de la sierra de Chiapas,
ni ante la adversidad en Guatemala,
ni en la blanca provincia de Felipe,
ni en Tabasco 20 años,
ni ante la confabulación de la canalla,
ni apostando en la raya de la amistad en México,
ni en decidir de un golpe
cuando Cárdenas comprobó tu medida en 35;
extraño tipo de excepción:
para tu altura
nuestro medio y su clima resultaron estrechos!

Como las joyas de otras épocas,
por desusos y méritos que aduna la pátina del tiempo,
así fueron tu nombre, tu prestigio y tu vida,
por eso he dicho yo que no pudieron
cubrirte la estatura con montañas de lodo;
por eso hubo mucha escoria terrena contra ti
juesto que estabas hecho para acabar con ella;
por eso te maldijeron la envidia y la ceguera,
tránsfugas del subsuelo, jugadores sin ley;
porque eras mucho peso en la revolución,
la inclinaste a la izquierda, junto a tu corazón;
porque traías signo de rectificador
resultabas el blanco de la putrefacción;
por eso estás en mi poesía,
como un ejemplo de voluntad,
como una lección de hombría resurrecta,
como un símbolo que permíte recuperar la fe,
como una enseñanza de pudor político,
una vida que no conoce deshonor,
un tránsito de línea recta,
todo en cincuenta años de cátedra invariable
sin la menor claudicación,
tú solo,
fija e,
seguro de ti mismo,
más allá del presente,
abriendo surcos a la indiferencia
de quienes no miraron cien años más allá;
así fueron tu nombre, tu prestigio y tu vida.

He de cantar ahora tu limpia preeminencia
si te quedaron tramos de camino inconcluso
y pues que no ha caído,
todavía,
tu brazo:
permanecer aquí, contra la muerte,
es natural a tu desdén del olvido y la muerte;
no de otra suerte pienso en el proceso
de madurez de México,
y en la semilla que regaron tu palabra y tu mano,
y en tu obsesión por hacer de la tierra
un sitio grato al hombre para vivir con dignidad;
es en tal equilibrio de las cosas,
como veo tu presencia en el año segundo de tu viaje;
así te veo de nuevo en el puente de mando,
calzado el sombrero de ala ancha,
abierto el cuello al transparente aire de Villahermosa,
mientras tus ojos claros reflejaban,
nerviosos,
tu peculiar sonrisa que se abría
sobre la juventud eterna del Grijalva.

Piedras Negras, Coah., México, 1945.

Invitación al regocijo

(Envío del autor)

Nunc est bibendum... de la línea escrita cuando llega la nueva buena de la derrota de Marco Antonio. "Bibendum" de *biber*, que no de *vivir*, por mucho que en latín hablado a la española suenen los dos verbos igual, como en la anécdota de la presentación de credenciales del embajador de Carlos V (contada por don Tomás Navarro, señor nuestro de la filología española): que unos cardenales italianos, cuchicheaban encantados mientras que el plenipotenciario del Austria leía su discurso; que Carlos le había dado orden de que lo dijera en español; y que los humanistas de la corte papal le pusieron pero a la pronunciación... que ni siquiera distinguía entre la *be* y la *ve*... Y que su Santidad, que era valenciano, se dió cuenta de la crítica, humanista de alto vuelo él también; y que quiso darles su lección a los críticos; y que contestó en persona el discurso del embajador, diciendo que lo felicitaba por representante de esa gente venturosa entre la cual el beber y el vivir son una cosa y la misma... (*bibere, vivere*). Con lo que se acaba la anécdota.

Horacio escribe pendiente de la salud pública y le avienta a la romana gente una manera de invitación al regocijo: "a beber, ahora sí..." porque ya el peligro ha pasado con Cleopatra muerta y destruida la flota rebelde a la altura de Accio. A beber, a apurar la copa del placer, porque ya estamos otra vez donde estábamos... "Happy days are here again". Ya pasó la borrasca. Ya salió el cuerpo civil de su pesadilla. A recomenzar en el punto de la interrupción... como si la Historia tuviese tiempo que perder, como si la cadena inquebrantable del experimento humano fuera de romper por la acción microscópica de una reina vampiresa o de un aspirante a emperador.

Con efecto, y con cita del profesor Alvin Johnson, el hecho es que en el año 31 de antes de Cristo, "los tiempos felices del antaño perturbado por la intriga del Nilo ya no habrían de volver"; porque las victorias alcanzadas por las águilas de la República agonizante habían trastocado el foco de la política romana. Las metrópolis opulentas del Levante, y las de allende Siria, hasta el mismo Ganges, estaban ahí a la

vista y al alcance del poderio militar romano. De donde que resultara insensato el derramar la sangre preciosa de las legiones entre las brumas del Norte bárbaro, en guerra constante con galos y bretones o en los bosques y pantanos de Alemania, entre gente salvaje semi-desnuda que no servía siquiera como fuente de mano de obra, pues que los germanos resultaban pésimos esclavos por rebeldes y feroces. Ello quiere decir que la victoria de Accio no fué de Octavio, sino que del proceso histórico; que fué el dedo de Dios el que operó en el gran triunfo naval; y que aquel "aislacionismo" de Línea Maginot establecido por Roma después del desastre de Publio Q. Varo en Teutoburgo, es decir la política de defender el Rin y el Danubio con guarniciones, no resultó de la flaqueza militar romana—"Varo, Varo, devuélveme mis legiones!"—sino que de Accio, de Cleopatra, del Oriente asiático y embelesador que arrastraba a Roma a las prácticas de la molición y a los modos de la mansedumbre.

Lo mismo ahora y repetidas veces, cada vez que vibra la radio con noticia buena militar; con noticia que acelera, más bien que indica, el triunfo democrático garantizado ya por todas las señales de la lógica terrestre: pues las Naciones Unidas han triunfado ya de la barbarie nazi en Oriente, Occidente y Mediodía... Lo mismo ahora danle ganas a más de un emulador del gran latino, de lanzar la invitación al regocijo... *Nunc est bibendum*, pues que ya las galeras del Infame yacen en el fondo del océano, y la reina se desposa con el áspid y en Alejandría Marco Antonio se suicida.... En 1944 se cambian los nombres y los sexos, pero el drama es igual.

Y ahora como en 31 de antes de Cristo, la victoria democrática no habrá de significar un regreso a los tiempos venturosos de 1939; porque para comenzar, en 1939 ya los tiempos eran otros; porque ahora la colectividad humana—nación sin gobierno todavía, pero nación ya—se encuentra con la vista clavada en un mundo nuevo de valores más preciosos que los anteriores, aun cuando no parezcan preciados todavía. La Roma grande y entera de nuestros días, el Imperio integral humano, torna los ojos nueva vez al Oriente; sólo que no es el

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS
— DEL —

Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)
está a la orden para que Ud.
realice este sano propósito:
AHORRAR

Oriente de las moliciones devastadoras de veinte siglos ha; que será el Oriente de las realidades demográficas incontrastables que se informan en vocablos como India y como China, y como Rusia... porque Rusia es Oriente.

Los tiempos amables del capitalismo democrático—del individualismo económico—no volverán porque ya no tienen espacio donde ser; porque ese espacio lo ocupa a la presente el *hecho ruso*. Sépase esto bien: aquí no se ha dicho "comunismo"; aquí se dice Rusia... En América no hay peligro "comunista", porque no hay comunistas... El peligro no es de que en tierras de este lado del Atlántico se establezcan gobiernos de Comunas o Soviets... El peligro—para los amantes de *Nunc est bibendum*, y del cumquibus con que se consigue el vino—, el peligro está en Asia: en lo penetrante y misterio del Oriente que se incorpora primero en Rusia; pero que también surge ya en la India y en la China... La China y la India habrán de seguir los caminos de la Rusia... *El modo ruso* ha dado resultado en Rusia. Y en China dará resultado *el modo chino*. Y en la India, *el modo indio*.

En la India, hablan los voceros de los indúes de Gandhi, y de los mahometanos de Jina, y de los parias de Ambedkar, y de las tres partes se levanta el mismo grito simultáneo y unánime: "No queremos ayuda de afuera; no queremos que nos salven; va de nosotros mismos la solución".

Ese es *el modo ruso*. Los de Occidente que en 1920 inventaban colonias y circunvalaban a Rusia con expediciones "sanitarias" obraron impulsados por la invitación de Horacio, ignorantes de que la Historia no tiene tiempo que perder en brindis por la victoria, ignorantes de que "los tiempos mejores aquellos" nunca vuelven...

Alberto Rembao

Nueva York, diciembre de 1944.

ANTONIO URBANO M.

EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480

ALMACEN DE ABARROTES AL POR MAYOR

SAN JOSE, COSTA RICA

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
TELÉFONO 3754
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscripción men. ₡ 2.00

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EL TOMO
(30 números):
\$ 5 dólares

Giro bancario sobre
Nueva York
EXTERIOR:

La Misión Cultural Francesa

(Envío del autor)

El gobierno provisional de Francia, presidido por el General de Gaulle, ha tenido la magnífica idea de enviar a través de las Américas una selecta misión de notables personalidades de la Ciencia, de la literatura, de la diplomacia y del legendario heroísmo francés. Viene presidida nada menos que por el nieto del gran Pasteur, Monsieur Vallery Radot, miembro de la Academia Francesa y de la de Medicina, y Presidente del Consejo del Instituto Pasteur, quien viaja con el rango de Embajador. Son miembros de la misión M. M. Albert Ledoux, Ministro Plenipotenciario, Raymond Rouze, Profesor de la Universidad de París, el Conde de Sieyes, Doctor en Derecho, Economista, Madame Vallery Radot, Delegada de las obras francesas y el Capitán Gabard, héroe de la resistencia de Bir Hakeim, en Africa, en donde los franceses lucharon con los alemanes en la proporción de uno contra veinte, y los obligaron a batirse en retirada.

La ciencia, la literatura, la diplomacia y el espontáneo heroísmo: he ahí los factores de la preponderancia moral e intelectual que ha ejercido Francia desde varios siglos. La característica del espíritu francés ha sido y es la universalidad de sus ideales y de sus reivindicaciones. Sus sabios, como el Gran Pasteur, trabajan para aliviar a la Humanidad; sus vates, como Víctor Hugo, enseñan y alimentan al Mundo. Todos los pueblos cultos han tenido sus revoluciones y sus borrascas, pero solamente la Revolución Francesa asentó el Código de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, por cuya defensa se rie-

gan actualmente toneladas de Sangre por los pueblos más adelantados. Cada nación tiene su himno patriótico revelador de sus aspiraciones, pero solamente la Marsellesa es cantada en todos los rincones del Mundo por los pueblos que defienden su libertad contra los tiranos.

Los Gentios de raza francesa son comprendidos por todos los pueblos de la tierra, como si todos comprendieran el lenguaje de las Galias. Para celebrar el jubileo de Víctor Hugo llegaron a París delegaciones de todas las razas del globo y obligaron al octogenario y maravilloso Genio a permanecer en el balcón de su casa todo el día hasta las cinco de la tarde para corresponder a los saludos de los representantes de todas las razas que en gran número desfilaron con sus multicolores uniformes, sus abrigos vistosos y con sus plumas.

Tiene, pues, una alta significación para los pueblos de Hispano-América la visita de la brillante misión cultural presidida por el sabio Vallery Radot. El alma y el carácter de estos pueblos se han nutrido de la caballería francesa tanto como de la hidalguía castellana, neutralizando el subconsciente de la raza india.

El genial Rubén Darío dice por eso que los pueblos de nuestra América Hispana día a día cantan la Marsellesa aunque terminen bailando la Carmañola. Por lo demás, el hispano americano encuentra en Francia un ambiente de simpatía acogedor. Hace siglo y medio la Convención Nacional revolucionaria otorgó el grado de General de División al venezolano Francisco de

Las lágrimas del...

(Viene de la página 328)

y mientras viva seguirá siendo una fuente de inmensa fe para la causa de la justicia, del derecho y de la humanidad. Esa fe ha sido su milagro. A nuestro juicio, ella ha brillado desde hace cuatro años sobre el mundo, como un primer resplandor de la actual victoria. ¿No es acaso ella misma una forma intangible y celestial de la propia victoria?

En nuestra edición anterior publicamos una reseña del sentido homenaje de que Clemenceau fué objeto hace pocas noches en el Senado francés. "Dominado por la emoción—dice el informe—las lágrimas corrieron por su faz rugosa, a la que tantas violentas tempestades del pasado dejaron impasible".

El tigre, pues, ha llorado? Ah!, gran

Clemenceau, esas lágrimas te denuncian. No, no eres el tigre; eres el enamorado de Francia, el adorador de Francia, y cuando dijiste a los Senadores: "caballeros, ¿tendréis a bien dejarme volver a mis tareas?", —no sólo ibas a trabajar; ibas a llorar también; a llorar más; a llorar porque te ha sido dado ver a Francia salvada, en gran parte por obra de tu patriotismo, de tu serenidad, de tu esfuerzo. El mundo entero, que te ha seguido en tus luchas, en tus batallas, en tus esperanzas, te admite hoy más que nunca y te comprende.

El mundo sabe que cuando las madres, las compañeras y las novias se salvan, siempre han tenido que llorar y lloran los hijos, los compañeros y los amantes.

Sumario:

- Salvador a la Francia resurrecta.* Por Alberto Velázquez
La nueva Francia. Por B. Sanín Cano.
Las naciones latinas. Por Luis de Zulueta
Dos notas. Por Carlos Deambrosis-Martins
Simbad
Las lágrimas del gran Clemenceau. Por Guillermo Vargas
Pienso en Péguay. Por Gabriela Mistral
T. N. T. Por Francisco Luarca
Pasado, presente y porvenir de Centro América (I)
Por Vicente Sáenz
París. Por Pedro Juan Labarthe
Presencia de Tomás Garrido Por Baltasar Drummond
Invitación al regocijo. Por Alberto Rembao
La Misión Cultural Francesa. Por Ramón Zelaya

Miranda. Y muchas calles de París han sido bautizadas con los nombres de ilustres hispanoamericanos. En el parque de Luxemburgo la estatua de Rubén Darío hace compañía a la de Carlos Baudelaire y a la de Francisco Coppé.

María Luisa Vallery Radot, hermana del jefe de la Misión Francesa que nos visita, fué condiscípula de Madame Zelaya en el lujoso y aristocrático convento de los Pájaros (Couvent des Oiseaux) de París, algunas de cuyas monjas pertenecían a la auténtica nobleza de Francia. Había una Marquesa de la Rochejacquelein, aportó al Convento su dote de once millones de francos oro. Optó por enclastrarse porque pretendía su familia casarla con el Mariscal de Mac Mahon. Había también una Condesa de Borbón. Entre las colegialas se encontraban muchas pertenecientes a la Heráldica, como Apolonie de la Ferrieres, sobrina nieta del Mariscal Ney, Príncipe de la Moskowa; como Marie Paule de Moleon, cuñada del Almirante Bué de la Perrière.

En el año 1884 el diputado bonapartista del departamento de Loiret ofreció en la ciudad de Pithivier un gran banquete al gran Pasteur, quien llegó de París con sus inseparables ayudantes. Ese diputado fué el señor Jacinto Briserres, abuelo de Madame Zelaya.

Y es en homenaje de todos esos recuerdos del pasado que arrojan luz sobre el presente, que el marido costarricense de Madame Zelaya dirige el más cordial saludo de bienvenida a la brillante Misión Francesa que preside un nieto del gran Pasteur, bienhechor de la Humanidad.

Ramón Zelaya

San José, Costa Rica, abril de 1945.